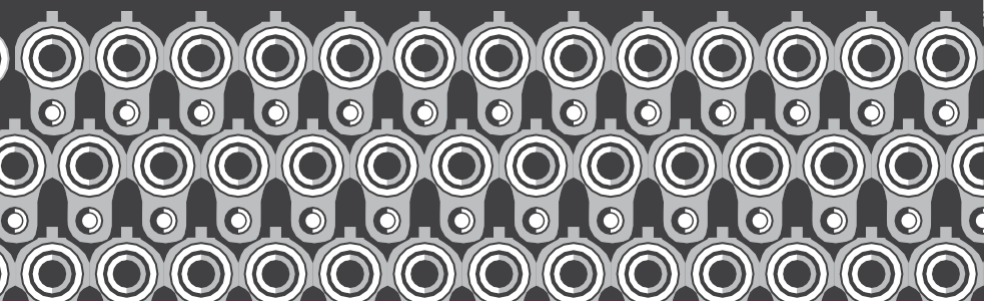


COMO UN RUIDO DE GRANDES AGUAS



FEDERICO VITE





COMO UN RUIDO DE GRANDES AGUAS



serie URBANOS

COMO UN RUIDO DE GRANDES AGUAS



FEDERICO VITE

Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

H. Ayuntamiento de Puebla 2018-2021

Claudia Rivera Vivanco

Presidenta Municipal Constitucional

Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Miguel Ángel Andrade

Director

José Luis Prado González

Coordinador de Fomento a la Lectura y Editorial

Tatiana Vázquez Niconoff

Diseño editorial

Como un ruido de grandes aguas

Primera edición: 2019

ISBN: 978-607-8123-60-5



serie URBANOS

D.R. © Federico Vite

D.R. © Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Reforma 1519, Barrio de San Sebastián, Puebla, Pue.

www.imacp.gob.mx

Queda prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Impreso en México.

ÍNDICE

Teoría de oferta y demanda	11
Valadés & Company	21
Como un ruido de grandes aguas	41
Réplica	53
Lecciones de música disco	71
El artista	89
Temperatura local	109



Teoría de oferta y demanda

En los supermercados se almacena el amor; uno puede encontrarlo en mujeres estropeadas, rotas, almas que se unen a las listas de cosas en rebaja.

Al observarla de la cintura para abajo, supe que sería mi chica. Mis hormonas tararearon un vals al sentir el perfume a maderas de la muchacha que comparaba el precio de los quesos en el pasillo de lácteos. El fondo musical que pusieron en Wal-Mart era lamentable, Richard Clayderman interpretando *María Bonita*, afortunadamente fue sustituido por una voz chillona que ordenó el desalojo del mall. Seguí a esa mujer rumbo al estacionamiento.

—Estamos en peligro, señores —explicó un hombre con aspecto de zorra frente a las cajas registradoras—. Apúrense, apúrense.

Una hilera de soldados nerviosos cuidaba las puertas automáticas.

Aproveché el momento para intimar con esa beldad que amueblaba el mundo con su trasero.

—¿Cómo te llamas?

En vista de que la respuesta se demoró, usé una frase tan gastada como la suela de su zapato ortopédico con la intención de obtener una respuesta:

—A poco te comieron la lengua los ratones.

Ella liquidó cualquier intento de charla con sus lágrimas. Afortunadamente la valentía fingida de los soldados era tan cómica que me ganó la risa. Recordé a media burla que ella lloraba, entonces la acaricié un poco, igual que a los perros. Me abrazó fuerte: sentí ternura.

Cuando la multitud empezó a dispersarse salimos del estacionamiento. Caminábamos uno al lado del otro. Insistí en que me dijera su nombre. Sacó de la bolsa de su blusa una libreta pequeña y anotó unas cuantas letras con un lapicero diminuto. Segundos después me enteré que no tenía lengua; también, de su nombre: Magda. Caminamos con el sol en nuestras mejillas.

—¿Te puedo acompañar? —pregunté.

Asintió con la cabeza, muy al estilo de los pericos australianos.

—¿Cómo te llamas? —Escribió de nuevo en su libretita.

—Félix, como el gato —contesté extendiendo la mano para estrechar la suya.

Me gustaba tanto verla avanzar: su pierna delgada y asimétrica se movía con lentitud, era una especie de lancha a punto de hundirse, sorteaba las corrientes de un mar imaginario. Creo que con el ritmo de sus pasos podría explicar la cadencia del vals que sentí al oler su fragancia —aroma de árboles, cortezas rugosas que sueltan pulpa y ambientan el verano de la costa.

La hilera de autos era enorme, no le veíamos fin. El tráfico vehicular era densísimo. Mientras caminábamos, pensé en algunas posiciones sexuales muy fáciles de practicar con ella. Una gota de sudor cayó en mi ojo cuando enfoqué la longitud de sus nalgas. Me detuve para limpiar el párpado con la mano. Magda se acercó y con un pañuelo blanco puso fin al sudor de mi cara. Sentí la presencia de Dios al rozar sus tetas acolchonadas, blancas, llenas de promesas voluptuosas.

En Gigante compró su despensa. Fue un procedimiento muy rápido. Sólo la observaba y alcancé a notar que sonreía de una forma pícara cuando apreciaba la feminidad de sus movimientos al tocar los productos de los estantes: latas de atún, pan, carne y mayonesa. Antes de acompañarla a tomar un taxi, le pedí que me diera una cita. De nueva cuenta, anotó una dirección en la hoja de la libretita y recibí un sí por escrito. Su sexo, pensé, debe

ser como su letra, un arbusto frondoso, delgado, un animal domesticado.

Nos vimos en el departamento de aparatos electrónicos de la Comercial Mexicana. Llegué puntual; ella, corriendo. Parecía un caballo fracturado. Sentí un vuelco en el estómago al verla acercarse a toda velocidad. Le di un beso en la mejilla. Tomé su mano. Suspiré.

Platicamos con los ojos durante todo el recorrido por el súper mercado, había en ellos un brillo parecido al resplandor de los televisores cuando se apagan. En ese momento, al caminar con ella de la mano, supe que cuando uno está enamorado siempre quiere presumir al amante; no importa cómo hable o vista, es absolutamente necesario mostrarla al mundo. Avanzábamos bajo la bendición de Stevie Wonders. *I just called to say i love you*, se oía por los pasillos. Tomé una lata de leche Clavel. El estampado mostraba una flor abierta y la puse entre las manos de Magda. La besé con ternura; apretando mi cuerpo a su pecho.

Consideré oportuno llevarla a tomar un café en una de las mesitas que instalan afuera de los Oxxos. Charlamos un rato usando la libreta y el lapicito. Aprovechando un descuido de su parte, la besé de nuevo. Hice lo posible para comprobar si tenía lengua. Después de mi investigación, digamos erótica, Magda se fue molesta, pero aceptó verme al día siguiente.

Dejó escrita la dirección en una hoja. Regresé trotando a mi cuarto. Supuse que una mujer como ella debería tener hombre. Pero deduje que no, si no por qué quería verme. Creí en la buena voluntad de la muchacha.

El noticiero de la noche informó que habían muerto diez soldados por la explosión de una bomba en un centro comercial. Apagué la tele. Me fui a la cama sin probar bocado. Pensé en continuar con la universidad; también en alegrar a mi chica, en besarle todo el cuerpo. Le pedía Dios que me diera la oportunidad de olerle los pies; de mordisquear sus dedos. Soñé con la certeza de que mis plegarias habían sido escuchadas.

Para la segunda cita me vestí con elegancia: una playera del Pumas, el pantalón de casimir —para ocasiones especiales— y mis zapatos de charol. Agarré todo el dinero que sobraba de mi liquidación. Salí del departamento oliendo a Jockey Club Blue. Llegué antes que Magda al cine. Al verla ascender, gracias a las escaleras eléctricas, supe que esa tarde cederían sus muslos.

—¿Quieres intimar conmigo? —Pregunté al recibirla frente a la marquesina del Cinépolis.

Se alegró tanto; nunca la había visto así. Sacó su libretita y el lapicero diminuto.

—Tengo *ganaz* —escribió—. Llevo 2 meces sin *sedso*. Nos subimos a un taxi.

El chofer miró a Magda con lástima, fue un error: rompí el parabrisas con la cabeza del tipo ese. Muchos ojos nos inspeccionaron. Abordamos otro taxi, esta vez no hubo problemas. El conductor, con un ojo completamente blanco, no hizo ninguna pregunta, incluso manejó con mucha calma, como si nosotros fuéramos un par de artistas de cine.

Pedí el cuarto más lujoso al recepcionista del Motel Las Vegas.

Magda se desnudaba; yo la veía. Me sedujo la anatomía de su pie arqueado, blanco, suave, como debió ser su lengua. Me llevó hasta la ventana y señaló una cabañita: en el tejado cientos de ratones se movían nerviosamente. Deduje que era su casa. Quedé boquiabierto. Con una seña me dio a entender que antes de nuestra primera vez se ducharía. Intenté detenerla, pero se opuso; los gestos indicaban algo relacionado con el olor de su vagina. Entró al baño, en seguida oí un golpe. Fui a ver qué pasaba y la encontré al lado de la tina. No despertó ni con pellizcos. Me di cuenta que de su nuca salía un hilo de sangre. Bajé con ella en brazos, cubierta sólo por una toalla.

—Al hospital más cercano —ordené al taxista que hacía guardia frente al motel.

En esos momentos la ciudad me pareció una mujer asustada gritándome al oído. Cuando el chofer vio mis pucheros metió el acelerador a fondo.

En la Cruz Roja un paramédico me indicó que mi esposa estaba muy grave, pero no sabía si decirle que no era mi esposa, que sólo era un regalo para calmar la soledad. Traté de articular palabras, pero no fue posible porque el tipo ese me pidió que buscara otro hospital, pues ahí no podían atenderla. Dejó a mi novia en la banqueta.

Una camioneta de mudanzas nos llevó a un sanatorio para judíos, pero tampoco aceptaron a mi chica; la vi más pálida. El chofer dijo que en el Centro Médico recibían a cualquiera. Pedí que se apresurara, así que atropelló un perro en el trayecto. Por fin aceptaron a Magda —entregué todo mi dinero—, pero no me dieron muchas esperanzas de que viviera. Sentía nostalgia por ella, por lo sagrado que ocultaba en su vulva.

Estuve viendo el televisor de pie. Un hombre con facciones de comadreja informó que los responsables de la explosión en un centro comercial estaban detenidos, eran parte de una célula del EPR. Vi una pizarra tapizada de anuncios, junto a una máquina de Coca-cola. Me acerqué y leí: Mujer decente solicita chofer 4878258. De inmediato busqué una cabina telefónica y marqué ese número. Al segundo timbrado una voz de ángel me

dijo que el empleo seguía vacante, daban tres comidas diarias y el pago era semanal.

—Es que mi novia está en el hospital —confesé.

—¿Cómo?

—Se cayó, pero no sé qué hacer. Estábamos muy bien. La vi desnuda por primera vez y se cayó. Quiero que despierte. Sabe —bajé la voz— este hospital huele a pescado seco.

La llamada se cortó; puse el auricular en su sitio y fui al baño. Noté que un ratón pequeño merodeaba junto a un bote de basura; le di una patada: el roedor se estampó en la pared. Tomé a ese pequeño infeliz del cuello; abrí su hocico. Con el pulgar y el índice agarré su lengua, jalé hasta quedarme con ella y la puse en el bolsillo de mi pantalón. Era delgada, suave, gris. Puse el cadáver junto al lavabo; me lavé las manos, oriné y volví a la sala de espera. El médico que recibió a Magda me informó que no era necesario practicar el aborto.

—Pero se pegó en la cabeza. No es aborto, sólo un golpe.

—Pues está embarazada. Bueno, estaba. Lo siento.

Fui hasta la camilla de Magda. La besé en la frente y dejé la lengua del ratón en su mano. Di media vuelta y juré que nunca la olvidaría. Dije al médico que haría un par de llamadas telefónicas. Salí del hospital pensando que necesitaba curar mi duelo. A lo lejos vi un Woolworth,

sitio adecuado para encontrar una jovenzuela estropeada entre lencería barata y cremas en oferta. Sólo soy un consumista.

VALADÉS & Company

Edmundo, tras bajar las escaleras del hotel Venecia, concreta su atención en la noche. Camina por la 4 Poniente, dobla a la derecha en la 9 Norte. Avanza. El viento frío choca contra su calva. Antes de empujar la puerta de La Rancherita ve un picahielo en la canaleta, cruza el umbral de la cantina y ocupa un asiento junto a la barra, al lado de un hombre moreno y robusto que lee el periódico. El barman seca un vaso jaibolero con la mirada, tiene los ojos grises, puesta en el televisor: una rubia de grandes tetas lame sus pezones rosados.

—La mitad ahorita —Gonzalo pone un fajo de billetes en el plato de propinas— y el resto cuando termines. Por favor, mucha discreción. Sólo necesitamos el número de casa y los horarios de salida. ¿Algo de beber, detective?

Edmundo termina el whisky de un trago. Golpea la madera de la barra y abandona la cantina metiendo el dinero en la bolsa del pantalón. Enciende un purito con cerillos de madera. En la esquina, los travestis buscan clientes entre los autos detenidos por el semáforo. Sueña el timbre de su celular. Checa el mensaje, ve detenidamente el rostro del policía que debe investigar. Envía un mensaje a Elena y guarda el teléfono en la bolsa de la chamarra. Cruza la calle. Se detiene en el Oxxo y pide una botella de Jack Daniels. La destapa y da un largo trago. Fuma. Se acerca un taxi, levanta la mano y aborda el vehículo.

—Llévame a La Pasadita.

En la puerta del congal abraza a Sacramento, un ex-militar interesado en hacer justicia por su propia mano, a él sólo le basta con saber un nombre y un lugar; lo demás, sólo es cuestión de tiempo. Suben al despacho, parte del fichero en la que suelen reunirse para hablar de trabajo. Sirve whisky en un vaso que reposa en la mesa mientras escucha las carcajadas de las chicas que trabajan desnudándose frente a los albañiles y camioneros.

—Necesitas dormir un poco —muestra la foto del policía—. Chécame todo lo que puedas de Marco Tenorio Robles.

Sacramento baja las escaleras en silencio. Deja la navaja y la cartera en la barra, junto a la caja registradora.

Sabe que “dormir un poco” significa una cosa: el trabajo ha comenzado. Cuando regrese, Elena y Edmundo estarán jugando ajedrez. Ella perdió el ojo derecho en un accidente absurdo: cayó, ebria, sobre un alambre de púas, una punta atravesó el párpado y rasgó el globo ocular. Tiene cincuenta y tres años; posee una cintura delgada. Es difícil no ponerle atención, en especial ver que su rostro es dividido por un parche bastante masculino que cubre la cuenca ocular. No le gustan las prótesis. Trabaja en el centro especial de monitoreo. Su labor consiste en que todas las cámaras de la ciudad se encuentren en buen estado. La música del Buki anima el salón.

—Aún sigues poniéndomela dura, Ele.

—Lástima que sólo me gusten las putas —responde sonriendo. Besa la mejilla de Edmundo; se sienta junto a él y saca el tablero de ajedrez de la mochila; las piezas son de cristal, tienen whisky dentro—. Aquí está el video —le tira un disco compacto al regazo—. ¿Me das un cigarro?

—Quiero las blancas. Hoy voy a atacarte —enciende el purito y lo pasa a Elena—. Tengo dinero y suficiente ánimo para cubrir tu entierro, guapa.

Empiezan la partida; Edmundo bebe el whisky del peón que ha capturado. Recibe la contraofensiva de Elena. La ceniza cae al suelo. Llevan años reuniéndose para jugar a media luz en este congal. Vence quien gana

tres juegos de cinco. Intercambian opiniones laborales después del segundo partido, ya que el alcohol los ha relajado.

—Es alto el tipo; en el video se ve todo —comenta Elena moviendo el alfil—. Le va muy mal a tu cliente.

—¿Crees que lo cambiaron de corporación? —enroca su rey.

—Mundo, concéntrate —apoya el alfil con el caballo—. Ese tipo parece de los federales que trajeron de intercambio. ¿De dónde es tu cliente?

—Guerrero —piensa en las posibles jugadas de contraataque—. Lleva dos años aquí.

—¿Y el poli de dónde es? —sube la reina—. Esa patrulla es de grupos especiales. Nunca es gente de aquí.

Sacramento visita al director de Asuntos Internos. Entra a la oficina y pone sobre el escritorio un par de grapas.

—Esto es cortesía de la casa, Felipe. Tómalas.

—No puedo darte datos como si fueras mi patrón —observa las bolsitas.

—Tú sabes que los policías no confían en ti. Están esperando que la cagues. Estoy de tu lado, cabrón. En mi negocio, tú eres el rey. ¿Las tomas o las dejas? —aprieta con la palma de la mano las grapas de cocaína sobre el escritorio—. Marco Tenorio Robles. Anda. Checa.

—Va ser la última vez —Sacramento retira su mano para que Felipe recoja la mercancía.

—No, Feli, no va ser la última.

—Este cabrón es el nuevo. Acaban de cambiarlo. Mira —abre uno de los fólders que se encuentran en la esquina del escritorio—. Tiene dos semanas aquí el archivo. Los nuevos siempre esconden algo, por eso está su expediente aquí.

Sobre el tablero, ya en el quinto partido, Elena ataca con los dos caballos; Edmundo no tiene más que un alfil para buscar el golpe de suerte.

—¿Nunca te conté de la Edelmira?

—Sí —mueve al rey del peligro inminente—. Cada vez que te veo.

—Ella era mi reina, Mundo —baja su rey para preparar el mate—. Me enseñó algo muy valioso: no puedes cazar a nadie en la oscuridad si nada más tienes un ojo.

Edmundo ve detenidamente el juego. Levanta la mirada y mueve el alfil a la esquina superior derecha del tablero.

—Esa es la tesis de mi trabajo.

—¿Qué se le dice a alguien que va morir, Mundito? —baja el segundo caballo para dar mate y agrega—: Te voy a tomar como a un trago de whisky.

Edmundo afirma con la cabeza.

—Creo que me toca llenar las piezas para la siguiente semana.

Él sirve dos tragos.

—¿Cómo puedes tener tanta perspectiva así?

Elena se termina la bebida. Rasca la nariz con la punta del dedo meñique.

—¿Qué quieres saber? Anda. Estoy de humor para hacerte más fácil tu trabajito.

Edmundo saca de su chamarra una cajetilla de Lucky Strike sin filtro; quita la envoltura de un jalón. Prende un cigarro y se lo pasa a Elena; enciende otro para él.

—Recuerda que los policías siempre andan en grupo. No va ser fácil cazar a este chico tuyo. No.

Elena enfatiza la negación con la mano y arroja el humo. El celular de Edmundo suena. Revisa el mensaje.

—¡Me lleva la chingada! —apura su whisky—. Acaban de encontrar muerto a mi cliente.

En la calle 6 Poniente, justo en la esquina con la 9 Norte, se encuentra el cadáver de un hombre cubierto por una sábana. Hay manchas de sangre en la banqueta. Incluso desde la madrugada hay varios curiosos intentando ver algún detalle del homicidio. Edmundo pasa junto al bulto y observa que el cadáver no tiene puesto uno de los zapatos. Sigue su marcha y entumecido por el alcohol trastabilla en la esquina. Recompone el paso viendo de soslayo a los policías recargados en la patrulla. Es la

número 729. Sube el cuello de la chamarra. Hace la parada a un taxi.

—Llévame al Alto.

Justo en la entrada del mercado, Sacramento lo espera. Caminan en silencio rumbo a una de las mesas de la esquina. Piden dos cervezas, ambas para Sacramento.

—Te las ganaste —coloca la mochila con el tablero, con las piezas de ajedrez dentro, en el piso.

—El *poli* llegó apenas. Pidió su traslado desde hace años. Tuvo problemas con sus superiores en Chilpancingo. Casado, sin hijos —bebe con calma, realmente disfruta la cerveza—. Tiene un departamento en Xonaca. Cerca del Seminario —entrega un par de hojas dobladas que Edmundo guarda en la bolsa secreta de la chamarra—. Llegando al salón de belleza —sonríe; le gusta decirle así a La pasadita— guardo la otra copia de este archivo —eructa—. Al cliente lo mataron con un picahielo. Iba saliendo de su negocio. No hay testigos. Se llevaron todo lo que traía.

—Algo está chueco: hoy lo veo, hoy muere.

Limpia el pico de la botella y tira un poco de la bebida al piso.

—Entonces, ¿necesitamos dormir un poco?

—Voy al hotel, Sacra. Come algo y visita la dirección que tiene el *poli* en su expediente.

Sobre la cama abundan revistas *Alarma!* Junto a la puerta, en hilera sobre la pared que conduce al baño, hay botellas de whisky. En el buró reposan novelas románticas, la afición más placentera de Edmundo. Enciende el foco del baño, ahí deja la mochila de Elena. Se quita la chamarra y extrae de una bolsa un rastrillo nuevo; se toca la calva y empieza a rasurarse algunos cabellos diminutos que se levantan desde los costados. Perfecciona la coronilla mientras le da vueltas al caso. Abre la llave de la regadera. Se desviste con mucha paciencia; entra al agua fría con aplomo, sin emitir un solo quejido. Sale desnudo y se mete bajo las cobijas. Enciende su lámpara de noche y toma la primera novela de la pila de libros; quita el separador de entre las páginas y se adentra en la lectura. Cincuenta páginas después decide que no se involucrará en el homicidio de su cliente. Abre el libro en toda su extensión y lo coloca sobre el rostro. Intenta dormir, pero golpean la puerta con insistencia. Se cubre con una bata raída de estampados tropicales y descubre bajo el umbral de la habitación a un par de policías.

—Dígame, ¿en qué puedo servirles?

Minutos después se encuentra en el Ministerio Público. Explica que conoció a Gonzalo Marín en La Rancherita. Detalla que intercambiaron un par de frases in-

sustanciales y agrega que no vio nada sospechoso en el lugar, sólo estaba él, el finado y el barman.

—¿En qué trabaja? —ataca el agente Marco Alonso, investido por la prepotencia del poder judicial.

—Tengo licencia para trabajar como detective, licenciado —jala los bordes de la manga derecha de su bata—. Y también sabe que mis papeles están en regla.

—El celular de la víctima tenía su número. ¿Puede explicar eso? —sonríe presumiendo su dentadura perfecta.

Edmundo afirma con la cabeza. Cruza los brazos y extiende las piernas bajo el escritorio.

—Le di mis datos por si alguna vez requería los servicios que ofrezco. Es normal hablar del trabajo que uno tiene en las cantinas —tose para aclarar la voz—. Me he ganado algunos clientes en esas circunstancias.

—¿Nada más?

—Desgraciadamente sólo eso, licenciado.

Edmundo aprieta las cintas de la bata y sale de las oficinas. Camina hasta la cabina telefónica, deposita una moneda y digita una serie de números. En otro punto de la ciudad, Sacramento contesta con la voz pastosa.

—¿Quiubo?

—Necesitamos descansar. Vinieron por mí al hotel. Estaré en el salón de belleza en la noche. Creo que necesito un corte de cabello —termina la llamada y mete la

mano en la bolsa. Saca la cartera y de ella extrae un billete. Avanza hasta el bulevar 5 de mayo. Levanta la mano y un taxi se orilla junto a él. Aborda el auto.

—Al hotel Venecia. ¿Tiene un cigarro que me regalé?

El chofer lo observaba con curiosidad.

—No fumo. ¿Usted no es actor de telenovela?

—No, desgraciadamente no —frota su calva al sentir el aire frío.

Ya en su habitación, escoge un atuendo mucho más adecuado para enfrentar la realidad, chazarilla blanca y pantalón gris perla, enfunda sus pies con los botines. Saca de la mochila el disco que Elena le entregó; enciende el DVD y el televisor. Inserta el disco. Se ve el tráfico ligero de los autos en la noche; de pronto, aparece Gonzalo, parado en la esquina de la 9 norte en espera de un taxi. La camioneta Dodge número 425 de la policía federal se detiene. Bajan cinco hombres con pasamontañas y rifle en mano. Gonzalo saca la cartera; muestra una de su identificación. Da media vuelta y eleva los brazos, pegado a la cortina metálica de una farmacia. Uno de los policías lo revisa; de pronto empieza a golpearlo con la culata del rifle, lo pateo. Gonzalo cae al piso, lo esposan y ya maniatado sigue recibiendo puntapiés en las costillas. Dos federales levantan al detenido, sangra de la nariz y una ceja; lo arrojan a la batea de la camioneta. Los tres guardias restantes abordan la patrulla. El ve-

hículo sale de la pantalla. Repite el video. Nota que los agentes son de la misma estatura; le llevan una cabeza de ventaja a Gonzalo. Minutos después de que la Dodge sale de cuadro, pasa un niño corriendo, *El Moy*. Apaga el televisor, saca el disco y lo rompe; guarda los pedazos en una servilleta. Mete el papel en la bolsa del pantalón. Se pone la chamarra, revisa le celular y envía un mensaje a Sacramento. Busca la fotografía del policía: observa el rostro de ese hombre. Al pasar a recepción, Don Manuel le informa que tiene un recado: Salón Correo. Mediodía.

—Era una mujer, Mundo. Se oía en apuros —guiña el ojo.

—¿Qué más puede hacer un caballero?

Camina dos cuadras. Gira a la izquierda para avanzar por Reforma rumbo al Zócalo. Usa un teléfono público para marca el número del celular que le envió la foto del policía. Escucha el timbre. La voz gruesa de una mujer le hace pensar que está en problemas. Cuelga el auricular. Sigue su marcha pensando que lo mejor sería no asistir a la cita, pero la curiosidad lo impulsa.

Escoge la mesa pegada a la pared, al final del local. Pide un brandy y un Tehuacán. Siente el golpe del desvelo. Levanta la mirada al televisor. Transmiten *Bonanza*. Da el primer trago a su copa. Visita el baño. Al verse en el espejo, piensa que ha envejecido mucho desde que desapareció su hijo. Desde hace ocho años ha viajado por

todo el país en busca de alguna pista. Desde el secuestro en la terminal de camiones de Guaymas, Edmundo no ha parado de investigar. Usa las manos como bandeja para echarse agua en el rostro. Tiene la certeza de que el niño vive, eso le ayuda a soportar la pérdida de la esposa. Ella murió en el secuestro; recibió un golpe en la frente y cayó de espalda: la nuca chocó contra el retrete mientras el chico de cuatro años se ajustaba el pantalón elástico frente al mingitorio. Suspira cacheteándose las mejillas. Arroja los trozos del disco compacto al cesto de basura y vuelve a la mesa. En la mesa contigua a la de Edmundo, una mujer negra, espigada y de pelo afro, bebe una *Coca-cola* light en lata; porta un elegante vestido blanco, de tirantes. Se cubre los hombros con un rebozo de color escarlata.

—¿Gusta? —pregunta Edmundo jalando una de las sillas.

La mujer cambia de lugar. Coloca su bolso encima de la mesa.

—Soy la hermana de Marco —dice y tamborilea la botella de *Coca*— y viuda de Gonzalo Marín —hace una pausa para evitar el llanto—. Yo le pedí a mi esposo que se comunicara con usted.

La mujer hunde la cabeza entre los hombros. Se encorva y suelta un par de lágrimas.

—Entonces —bebe con tranquilidad el brandy— a usted le debo informar. ¿Cómo se llama?

—Sofía.

—Bien, ¿cómo supo que yo trabajé para su esposo?

Echa la espalda hacia atrás y acomoda el rebozo sobre sus hombros. Pide un ron solo al barman.

—No es fácil explicarlo —recibe el vaso con su tragó—. El día que habló con mi marido yo estaba ahí. Junto a la caja registradora de La Rancherita hay un espejo grande, arriba de él colocamos la tele. Cuando alguien mira la pantalla, yo los veo. En el anuncio del periódico aparecen dos números telefónicos, por eso dejé el recado —más que beber, besa los bordes del vaso—. Mire, nosotros no somos de aquí. ¿Tiene la dirección que necesitamos?

—Claro —entrega la copia del expediente que Sacramento le dio hace unas horas.

—Gracias —responde abriendo las hojas dobladas; tras leerlas, toma su bolso, extrae un sobre manila y lo entrega a Edmundo—. Usted entenderá que ya no requerimos de su servicio.

—Claro —se levanta para despedir a la mujer con un apretón de manos. Enciende un cigarro mientras ve que la claridad del día, filtrada por las portezuelas, difumina el vestido blanco. Se acomoda en la silla y repite—: Claro.

Sacramento encuentra el número 1407 del bulevar Xonaca. Ve un letrero que anuncia la renta de cuartos para gente sola. Se sienta en la banqueta, al otro lado del bulevar. Estudia la barda, sabe que puede brincarla con facilidad. Cruza la avenida y toca el timbre. Escucha el ladrido de varios perros, también la voz de un hombre. Entreabre la puerta un tipo delgado, con los ojos de color gris.

—¿Quién me puede informar de los cuartos?

—Ya se rentaron —responde dando un portazo.

Descubre una cámara de vigilancia, empotrada en la parte superior izquierda de la fachada principal. Da media vuelta y se aleja. Su presencia en la calle llama la atención. No es normal ver a una persona tan alta y robusta, con cicatrices de quemaduras en las manos, caminando al lado de los estudiantes que salen de una primaria. Sube al despacho, en La Pasadita ya sirven tragos, acomoda cuatro sillas en hilera, las usa de cama; pero antes de que caiga en sueño hondo, Edmundo le quita la silla donde reposan los pies.

—¿Qué tienes de nuevo?

—Es una casa grande, con patio, dos niveles y tienen perros —mueve la cabeza a la izquierda para ver a su interlocutor. Parpadea—. Es un tipo el que abrió, flaco él. La foto del *poli* que te dieron, ahí la tomaron. No tengo duda.

Edmundo se frota la calva. Revisa la foto del policía en su celular. Chasquea los labios. Se sienta junto a Sacramento. Cruza la pierna.

—Quien mando la foto fue la esposa del difunto y es hermana del *poli*. Nos acaba de liquidar el trabajo —enseña el sobre manila.

—¿Le paramos entonces?

—Creo que va ser lo mejor. Toma —le da cinco billetes de doscientos pesos—. Si fuera tú, me quedaba todo el día en esas sillas.

Avanza por la 5 Norte. Los puestos de comida y fruta le despiertan el apetito. Compra un mango con chile. En la 4 Poniente dobla a la derecha. Llega al hotel.

—¿Qué tal la mujer? ¿En apuros?

—Nada sobresaliente, Don Manuel —golpea la barra de la recepción. Se agarra del barandal para subir las escaleras. Abre la puerta de su cuarto y con la ropa puesta toma una siesta. Al despertar, agarra la novela de su buró. Lee un par de páginas y consulta la hora en su reloj de pulsera. Cierra el libro. Se hinca y saca una caja metálica oculta bajo la cama; la abre con una llave diminuta, carga la .9mm. Toma dos cargadores y se cerciora de que estén completos; los guarda en las bolsas de la chamarra. Acomoda el arma en la sobaquera; la coloca del lado izquierdo. Sale del cuarto.

En la calle enciende un cigarro. Posa la mirada en la canaleta. Arroja el humo por las fosas nasales mientras camina. Se detiene justo donde golpearon a Gonzalo. Al frente, *Moy* vende flores en la esquina. Edmundo se acerca.

—Dime la verdad, *Moy*: yo te vi en el video.

El chico, vestido con un pantalón de mezclilla y un suéter a rayas, se levanta un mechón de cabello de la frente.

—Nada más oí gritos —junta las rosas de plástico con las naturales en un ramo—. El del bar le gritaba a su esposa, pero la señora nunca salió. Ahorita está ahí —señala La Rancherita—. Llegó con más niños.

—¿Estabas aquí cuando madrearon al del bar?

—No. Me dieron dinero para que no saliera a trabajar. Ayer también, y antier.

—¿Quién?

Moy suspira y baja la mirada; vuelve a caer el mechón de pelolacio.

—Cómprame algo, pelón. ¿Un ramito? —Edmundo le da unas monedas; rechaza las flores de plástico—. El barman, el de los ojos de gato. Yo sé que ahí venden bebés. Aparece una camioneta, los bajan, a veces con todo y su mamá, y en la madrugada se los llevan —ve alejarse a Edmundo. Une las flores en un ramo y camina rumbo a la 11 Norte.

No hay moño negro en La Rancherita; las puertas están abiertas. El peso de la pistola lo hace sentirse seguro; es el aplomo lo que importa en estos casos. Cruza el umbral de la cantina. Ocupa un lugar en la barra. Sostiene la mirada del barman durante varios segundos.

—¿Está la señora?

Se abre una portezuela, justo a espaldas de Edmundo. Aparece la negra, escoltada por su hermano.

—¿Conoces al señor, Marco?

El barman sale de la barra, cierra la puerta principal y regresa a su sitio, al lado izquierdo del policía.

—Sofía, en la experiencia que tengo, sé que en mi trabajo no hay casualidades. ¿Por qué me contrataron?

—Un buen día, van a encontrar el picahielo que mató a Gonzalo en tu cuarto del hotel —responde.

El policía saca un cuchillo de la bota derecha y lo entierra en la pierna de Edmundo, quien cae al piso de espalda, jadea y lanza manotazos. Desenfunda la 9 mm y presiona el gatillo en tres ocasiones. La Glock 17 que desenfundó el policía golpea el piso. La negra, herida de una pierna, lloriquea sobre el pecho de su hermano; el barman se convulsiona mientras la sangre gotea de la sien derecha. Edmundo dispara al aire en dos ocasiones más. Saca el celular de su chamarra y marca una serie de dígitos. Pisa con fuerza para levantarse, apoyado en

la barra. Mantiene el arma en la mano y el cuchillo enterrado en el muslo.

—No hay casualidades en este trabajo —escupe Edmundo frunciendo el ceño.

Ya con la mochila auestas, las piezas de ajedrez llenas de whisky y el tablero perfectamente enrollado, llega a La Pasadita. Edmundo usa un bastón y una boina gris. Sacramento levanta la ceja indicándole que Elena lo espera, sentada frente a un caballito de tequila.

—Creo que envejece resolver casos—lo besa en la mejilla, sonriente—. No sabes la suerte que tuviste, si esa chingadera —señala la 9mm oculta por la chamarra— se traba, créeme: estarías bebiendo con tu sombra.

—No te había dicho que me la sigues poniendo dura, Ele —quita pelusa del parche que lleva su amiga sobre el ojo.

Extiende el tablero en la mesa y coloca las piezas: esta vez Elena jugará con las blancas. Edmundo levanta la mano para que Sacramento le lleve un whisky en las rocas. De fondo se oye la voz de Juan Gabriel cantando: *No me vuelvo a enamorar*.

—Estoy pensando tomar testosterona. Me he vuelto muy sensible. En el cuarto, los culeros esos tenían puro recién nacido —enciende un Marlboro rojo—. Sobre costales, entre las cucarachas, hasta gusanos.

—Sigues pensando en tu hijo, ¿verdad?

—Muy de vez en cuando, pero esta vez lo traía en la cabeza desde que pisé la cantina.

Sacramento sirve la bebida, al lado coloca una hiele-ra de aluminio y un cenicero grande de metal. Da media vuelta; se une a los clientes que observan cómo se desnuda Minerva, la estrella de La Pasadita.

—Todos tenemos incendios en la vida, ¿a poco ves a Sacra jodido? No —suspira—. ¿Qué hubiera hecho si te acribillan, cabrón?

Chocan los vasos. Terminan de un jalón sus bebidas. Edmundo sirve un par de tragos de la botella que Elena tiene al pie de la mesa.

—De verdad, ¿por qué fuiste?

—Al final del video que me pasaste, aparece un vendedor de rosas. El día de la madriza a mi cliente, el barman de La Rancherita le dio dinero al chavito para que se moviera de la esquina. Y cuando me entrevisté con mi cliente, había un picahielo en la calle, esa noche lo asesinaron. Hay una mujer entre los dos, esposa de mi cliente y hermana del *poli*. Tenían un negocio, el viejo estorbaba. Vender niños no es de Dios, Ele.

—Mundo, ¿qué hubiera hecho si te matan? —acaricia la mano de su amigo. Se levanta para besarlo en la mejilla.

—Supongo que en situaciones así, la muerte tiene permiso, Ele.

Juan Gabriel entona: *Totalmente para qué*.

Como un ruido de grANDES AGUAS

Piensa en el olor a fresas de aquel paisaje, en la carne pútrida sobre los huesos de la vaca, en el aroma frutal sobre la imagen contundente de la muerte. Camina muy despacio, tiene los pies inflamados. Desea escuchar la radio, siempre transmite algo que relaja los nervios: un comercial, una canción lacrimógena, un mundo aparte del ruido, el que padece cuando no logra definir sus sentimientos, porque varios lancetazos emotivos han atravesado su pecho. Anhela oír historias sobre la insolencia de estar vivo, sano y acompañado. Acaricia la herida de su frente, la sangre seca le hace pensar en la fortuna que ha tenido y apura una frase: No hay coincidencias. Espera que avancen los autos para cruzar la calle. Observa el cielo. Siente, por primera vez en cuarenta y ocho horas, el golpe del hambre. Recuerda que tiene galletas de ani-

malitos en su cuarto; las anhela. Si llevara algo más que las llaves de su casa y una tarjeta telefónica en la bolsa del pantalón compraría un jugo de arándano; la sed también atormenta. Antes de llegar al zaguán de la vecindad, ve asombrado la luna llena sobre el Cerro de La Campana. No puede controlar el llanto. Está en casa. Camina recordando la última vez que vio el generoso pecho desnudo de Ana. Cerró la puerta, como de costumbre, en silencio, despacio. Fingió que regresaría por la noche, pero ya había decidido mudarse de ciudad. Aceptó probar suerte en otra parte del país; en esta ocasión, como vendedor de libros. Antes de cargar nuevamente con el pasado, tiene que llegar a la azotea, a su cuarto, y cuando deje entrar al viento frío por la ventana tendrá la justa dimensión de la epifanía que ha experimentado. Pero hace falta un esfuerzo mayor para subir las escaleras. Se planta frente a la puerta de metal estrecha. Suspira al meter la llave en la chapa. Gira la muñeca.

Al sentarse en la orilla del colchón una mueca de dolor deforma su rostro. Bebe agua de una garrafa y toma un puñado de galletas que mastica con prisa. Los cigarrillos sin filtro permanecen junto al buró; sobre una caja de cerillos. Cinco puños de jirafas y elefantes después enciende el tabaco. Recuerda el ronroneo del motor en ralentí de aquella camioneta que se acercó hasta él perdiendo velocidad. Era una Suburban blanca en

el acotamiento rojo de la carretera; descendieron tres hombres y comenzaron a golpearlo; lo subieron a empujones al vehículo. En el asiento trasero se encontraba una serpiente. La lengua bífida en movimiento signaba el llamado de atención: una muestra de que la luz existe. Fuma contemplando las luces brillantes de las casas. El olor de los *Alas* aromatiza la estancia. Estoy vivo, dice observando sus manos. Todo está en orden. Enciende la grabadora vieja: selecciona con el dial una estación radiofónica en portugués. Minutos después pone en marcha la cafetera. Tiene grabada la expresión agresiva de la serpiente, el brillo en los ojos oscuros, fríos; también las facciones de aquel hombre moreno, de barba cerrada, quien le dio un golpe certero en la frente, con una manopla. Sujeta la *Biblia*, oculta bajo la almohada. Lee: “Me sacó y me puso en medio de la vega, que estaba llena huesos. Me hizo pasar entre ellos en todas las direcciones, ¿podrán revivir estos huesos?”. Se quita los tenis, llenos de barro, húmedos por el sudor de la caminata. Ve los dedos inflamados, los pies, los tobillos. Se recuesta sobre la cama. Los resortes del colchón rechinan y eso potencia otra imagen, la de la serpiente en movimiento, agresiva; ese sonido también le recuerda el cristal que rompió cuando la Suburban se detuvo en la gasolinera. Gritó pidiendo auxilio, incluso vio a un joven, a través del parabrisas fragmentado. Se levanta bruscamen-

te; pero el dolor en los pies lo regresa de inmediato a la cama. El tabaco funge de paliativo. Da una calada larga que hace crepitar el papel arroz. Por la radio transmiten: *Stand by me*. Los vecinos aumentan el volumen del televisor; la voz de un cronista deportivo opaca la soledad de alguien interesado en reconstruir las decisiones que lo llevaron a una ciudad desconocida, sin dinero y completamente borracho, a vivir una experiencia cercana a la muerte.

Hace días hubo pretextos para beber. Este hombre, ahora perturbado, fue a una fiesta. Despidió a un amigo que se casaría en Francia con una mujer diez años mayor que él. Abandonó el festejo. Con la mochila en el hombro caminó durante varios minutos por calles terrosas. Llegó a la carretera. Al oír el sonido fortísimo de un tráiler elevó la mano y con ese gesto bastó para llegar a Guanajuato.

Su capital eran las llaves de la casa y una botella de tequila, casi llena, dentro de la mochila. Visitó algunos parques, vendió un par de tragos a jovencitos amables, ebrios. Compró una tarjeta telefónica y bebió el resto del tequila en la calle, junto a una talabartería. Durmió en una banca, bajo la lluvia fina de octubre. Intentó hacer varias llamadas, pero no tenía claro a quién contactar ni para qué. Por la mañana fue hasta la caseta de peaje; pidió un aventón a Querétaro. Nadie quiso lle-

varlo. Comenzó la travesía. Andando bajo el sol, pegado al acotamiento, vio pasar a los camiones de carga con decenas de cerdos enjaulados, inquietos; durante el día su sombra se agigantó en los parajes desérticos. Al caer la tarde supo que había tomado otra mala decisión en su vida. Encontró el cadáver de una vaca; salvo la cabeza, el resto del cuerpo aún tenía piel y carne. Pidió a Dios que Ana no fuera a encontrarlo así, vestido de muerte, con la brújula extraviada en medio del olor a fresas, porque no percibió la putrefacción carnal de la bestia: sólo el tibio aroma frutal en las fosas nasales. Ahí tuvo una recaída que derivó en un acto de contrición. No sabe durante cuánto tiempo permaneció rezando, hincado, con los dedos de las manos entrelazados, formaba un puño doble, necesario para el porvenir. Ya por la tarde la Suburban entró a la historia.

Fuma. Se siente agotado, pero no puede dormir. Toma otro puñado de galletas. Regresan las imágenes en las que alguien le agarra los testículos con fuerza: Te vamos a coger todos. Esa frase ahuyenta la serenidad. Y ahora el humo densifica los pensamientos de este hombre, multiplica las madejas que debe jalar para darle forma, aunque sea fragmentaria, a todo lo ocurrido. Aprieta la quijada. Mueve las piernas de un lado a otro. Atiende los productos que anuncian los comerciales radiofónicos: depilación láser, autos, boletos para el fútbol, shampoo

de aloe. Recuerda sus días de locutor en una cabina de radio; en los jueves nocturnos, el sonido del aire acondicionado enfriaba sus palabras. Una frase de *La Iliada* daba comienzo el turno final de la estación. “Si quieren saber mi historia, diré que viví en los tiempos de Aquiles y de Héctor, domador de caballos. Diré que caminé con gigantes”. No está en la cabina, de ninguna manera, pero repite la frase de Homero con insistencia. Sólo quiere darse cuenta de la distancia que hay entre ese hombre y éste, el recostado, miedoso y atribulado tipo, quien se guarece del mundo en un cuarto a oscuras. Toma una libreta y un lapicero. Dibuja teléfonos viejos; traza rectángulos, cables enroscados, discos con números en el centro. Boceta círculos dentro de círculos; luego rostros. Finalmente escribe una S. La serpiente aparece. Cierra el cuaderno. Escucha la sirena de una ambulancia y, sin pensar, bendice el patrullero que lo bajó de la Suburban con un pretexto simple: “Este cabrón acaba de violar a una niña”. Los tres hombres de la camioneta intercambiaron miradas; uno de ellos abrió la portezuela. Dijo que habían subido a ese tipo en la carretera, pero no lo conocían. Cooperaron con el patrullero, en silencio. Asentían con la cabeza. “Creo en un solo Dios”, reza por la familia de ese policía. Las mejores palabras que ha oído, curiosamente, fueron pronunciadas por un Federal de Caminos: “En la gasolinera me dijeron que te

estaban madreando. Mira, hijo, veme bien. Estoy viejo, no quiero problemas. Si no eres de aquí, lárgate”. Recibió unas monedas, suficientes para cubrir el gasto del pasaje a Querétaro; lamentó haber dejado la mochila en la Suburban, quiso regalársela al policía. Ruega, con insistencia, porque Dios bendiga la vida de ese hombre. Nada es casual, repite. Yo cometí muchos errores, reconoce, y estoy vivo. Se persigna. ¿Cuántas probabilidades había de que una patrulla estuviera cerca de la gasolinera, cuántas de que el policía creyera las palabras de un adolescente que despacha combustible y fuera por mí? La señal de la radio desaparece. Ni si quiera me preguntó si tenía familiares, dice, tampoco se le ocurrió detener a esos cabrones. Me quedé callado, piensa, no me salía la voz. Se rasca el cuello con las dos manos. Hay tierra entre sus uñas. Abre y cierra los puños. Siente una punzada en la frente. Si no hubiera escapado de Ana estaría más tranquilo en Acapulco, en una casa pequeña, cierto, pero sin lugar a dudas con otra perspectiva del mundo, una mucho más amable. Se arrepiente de haber huido del puerto. Por fin reconoce, al limpiarse las hebras de tabaco adheridas a la comisura de los labios, que debió tomarse el tiempo suficiente para hablar con Ana. Pudo ofrecer una explicación sincera, ser un hombre y plantear los hechos. Incluso pudo apoyarse en frases socorridas y gastadas: Quiero probar suerte fuera; no estoy

contento con lo que me ofrece esta ciudad. No, no se trata de ti. El problema es que no podemos depender de lo que nos manda tu familia.

Se concentra hasta sentir el calor nocturno del puerto. Recuerda la pestilencia emanada de los muñones, la viscosidad escurriendo por los pliegues de la piel femenina. Niega con un agresivo movimiento de cabeza la incipiente imagen de los hechos recientes, el ansia punzante del miedo; jala aire para desbaratar la cascada de pensamientos dolorosos. Se concentra en imaginar el rostro de Ana. Tiene problemas para recrear algunos detalles; en especial, particularidades de la boca que tantas veces visitó. No sabe si se le forman hoyuelos al sonreír o ha inventado ese rasgo. Tampoco está seguro de que sus ojos sean café claro u oscuro. Por más tiempo que invierte en recrear los hoyuelos de Ana, falla. Recuesta la espalda sobre la pared. Observa sus pies. Más que dormir, desmaya. Sueña con la caminata por la carretera. De nuevo experimenta una tranquilidad divina al oler las fresas. En ese ámbito onírico alguien hace girar el dial de un teléfono antiguo. El sonido es potente, como si saliera de varios magnetófonos y rasgaran la superficie del cielo, se expande en reverberaciones amplísimas. Él observa cómo su mano se acerca en cámara lenta al auricular de un teléfono diminuto, empotrado en una pared sucia. Está en el último departamento

que rentó en Acapulco; por la ventana se ve La Quebrada, algunas gaviotas que planean en círculos sobre Ana, quien se aleja del departamento, camina por la avenida inalámbrica y aborda el auto en el que se accidentó. En el sueño ella tenía las dos piernas. Él coloca el auricular junto a su oído. La voz de Ana se oye claramente.

—Ya no tengo mucha fuerza —dice con tranquilidad—. Me da mucho miedo. Mucho.

Abre los ojos. Intenta ponerse los tenis, pero la hinchazón en los pies imposibilita el uso del calzado, así que descalzo y con dolor en el cuerpo descende paso a pasito las escaleras. Camina hasta una cabina telefónica e inserta la tarjeta que guardaba en la bolsa del pantalón. Pulsa distintas teclas, marca una cifra de diez números. Se oye una grabadora en inglés; en seguida, escucha la voz de una anciana.

—Diga.

—Quería oírte —balbucea él.

—¿Quién habla? —las palabras se oyen ásperas, pronunciadas por alguien que se ha dejado arruinar la voz con cigarrillos baratos.

—Quiero volver al puerto, quiero volver a ti. Cuando me bajaron el pantalón y la víbora se acercó, de verdad, supe que debí casarme contigo. Olí las fresas y supe mi destino. No me llegó el aroma de la carne podrida: sólo las fresas. ¿Me entiendes?

—¡Ya le dije muchas veces que Ana no vive aquí! —
tose un par de veces—. Por favor, ya no llame a mi casa.
Por favor.

—Te extraño. No te amo, pero eres con quien debo es-
tar. Quiero verte. Voy a esperar que mejoren mis pies.
Sólo eso necesito para ir a buscarte.

Camina agachado. Aprieta la mandíbula; los puños. El
dolor en los pies es soportable pero bastante molesto.
Aunque toca el suelo, él habita una zona distinta a este
mundo, paralela, se diría, en este día diseñado para la
resignación.

Prepara café. Mira por la ventana el cielo azulísimo y
tiene la certeza de ver una porción del Pacífico en lon-
tananza. Piensa que debe hacer algo con su vida; por
ejemplo, buscar otro trabajo. Vender libros no es para
él. Estira la mano para subir el volumen de la radio. *Rap-
ture*, de Blondie, se oye a través de las bocinas de la San-
yo. Sonríe. La melodía le hace pensar en La Quebrada, en
las puestas de sol calcinantes de su adolescencia. Gra-
cias, dice elevando oraciones de gratitud más allá de la
claridad del día, más allá incluso de los montes que ro-
dean la ciudad y le hacen pensar que tras ellos existe al-
guien esperándolo. Enciende un cigarro. La mañana es
árida. Al sostener la taza con café caliente su mano. Res-
pira hondo. Guarda silencio para acomodar palabras en
la mente, bendiciones, sólo tiene bendiciones. No hay

coincidencias, repite. La única persona en el mundo capaz de darle importancia a lo que acaba de vivir es Ana. Quiere abrazarla, hundirse en la caricia de esa mirada. Siente punzadas en los pies, prolongadas. El dolor conecta a su cuerpo con la realidad. Sorbe café. Observa las maletas; las pocas cosas que hay sobre la mesa. Tendrá tiempo para pensar cada una de las palabras que le dirá a esa mujer, porque es un hombre nuevo, alguien con la fuerza suficiente para encontrar a su igual. Por fin conoce *la dimensión de la luz*. Aún no sabe cómo encarar el presente, pero tiene fe. Está vivo, terriblemente vivo. Voy acercarme a ti, Ana, verbaliza. Quiere fraguar esa relación profunda y verdadera. Si no fue capaz de superar esa ausencia, ahora entiende cuál es el siguiente paso. Respira con fuerza. Devora la mañana a bocanadas. Siente el sol en su pecho. La luz es lo único que importa. La luz.

Réplica

Armando y Angelina tenían muy bien definida su personalidad durante el matrimonio; pero tras su ruptura, lograda en términos amistosos, las características que hacían de él un hombre comenzaron a resquebrajarse.

Armando decidió consagrarse a la fotografía. No sabía mucho de ese oficio, pero se consideraba inteligente y de rápido aprendizaje. Cambió su trabajo de archivista porque no le parecía atractivo andar por la vida reuniendo información y clasificándola. Compró ropa como la de Angelina: jeans Pepe, camisas de franela y botas mineras azules. Fumaba *Delicados* con filtro. Usaba las frases favoritas de ella: Hoy hice hermoso al mundo con fotos, mi cámara sólo destaca la belleza. Se dejó crecer el cabello, depiló sus cejas e incluso se pintó las uñas de color negro. Comenzó a usar collares de coral.

Con el nuevo atuendo se sintió más cómodo para buscar un trabajo en periódicos. En la entrevista preliminar se definió como un gran fotógrafo, pero apenas comenzaba su andanada en el mundo de la imagen y fue confinado al archivo visual. Ya en oficina nueva, puso en marcha el detalle más asombroso de su transformación. Empezó a modular su voz de tal forma que la tesitura se oyera suave, completamente femenina. No fue una tarea simple cambiar de registro vocal: ensayaba frente al espejo y, de paso, puso en práctica los movimientos de Angelina; por ejemplo, levantaba una ceja al final de ciertas frases: Le gusto a la cámara.

En el matrimonio, Armando se había caracterizado por vestir con pantalones de tela y camisas de manga corta; calzaba unos Hush Puppies cafés. Antes, con sólo verlo, uno sabía el oficio de este tipo; pero meses después de la separación se convirtió en un espantajo andrógino. El motivo de su metamorfosis era relativamente claro: apoderarse de la imagen que amaba.

Un buen día empacó la ropa que usó durante meses en bolsas negras y las sacó a la esquina. Vio cómo desaparecía parte de su pasado en el carretón de la basura. ¿Sabía que estaba quemando sus naves? Se recargó en el marco de la ventana y tarareó una canción. Dio media vuelta hasta sentarse de nueva cuenta en uno de los sillones de la sala. Observó el retrato de la boda. Bajó la

mirada y encendió un cigarro. Pensaba que si Angelina estuviera con él hablarían de cómo les había ido en el día.

—Estuvo pesado, amor —dijo entrecerrando los ojos—. A veces la gente es muy violenta; te piden fotos y después te echan la culpa de que las notas no tengan un soporte visual.

Dejó el cigarro en el cenicero, aunque un poco de ceniza ya había caído en el piso. Se alejó de la sala.

—Me voy a bañar, amor —gritó adentrándose en la recámara principal del departamento—. Necesito quitarme la mugre —alargó la última r igual que lo hacía Angelina.

Invirtió tiempo en cepillar su cabello y untarse crema en todo el cuerpo. Antes evitaba las sandalias; ahora, usó las que le había regalado Angelina. Se puso cómodo para crear intimidad con la noche calurosa. Se enfundó una playera negra amplia y un bóxer. No sentía el peso de la soledad, pero necesitaba oír una voz aparte de la suya. Encendió el televisor y se recostó en la cama. Fomentaba su sueño con películas mexicanas viejas.

Recibía las mañanas con café y tabaco. Demoraba más de quince minutos en peinarse frente al espejo del baño; después tomaba algunas fotografías de su rostro y se vestía con calma. Portaba una especie de uniforme: camisa de franela más jeans deslavados. Antes de salir

de casa dejaba una nota en el centro del comedor: Amor, vuelvo más tarde.

Recorría algunas cafeterías del Centro. Platicaba con cuanto conocido se encontraba y, de vez en cuando, fingía una cita importante. Esta rutina le permitió bajar algunos kilos; mantuvo una dieta a base de cigarros. Cada vez se alejaba más de lo que era Armando. Incluso el rostro de este hombre, tras la pérdida de peso, se afeminó un poco; los rasgos de los pómulos y los labios eran mucho más finos.

El único proyecto que había tomado en serio era fotografiar hombres que podrían parecerle guapos a Angelina. Se especializó en retratar trigueños. Enfocaba los ojos; los labios, hombros y manos. De vez en cuando capturaba el trasero de los modelos. Sabía que esos detalles llamarían la atención de su ex. Anotaba en una libreta los sitios y horarios en los que conocía varones de físico relevante.

Otra de las rutinas que dio sentido a su existencia fue imprimir las imágenes que capturaba durante el día. Hizo un mural en la sala de su casa. Acomodó los retratos junto a la foto de su boda; procedió a ponerles nombres a los rostros de los desconocidos. Su especial atención la ganó Fernando, moreno de ojos de color verde y dentadura perfecta. Bajo el nombre anotó la hora junto

a la dirección del gimnasio al que ese chico entraba todas las mañanas.

En uno de esos miércoles en los que la ropa limpia, el café y los cigarros se acaban, decidió asear el ropero. Descubrió varias tarjetas de presentación de Angelina en una esquina del mueble. Sonriendo guardó algunas de estas piezas en su mochila.

El jefe de información pidió un favor muy especial a Armando. Observó con cuidado a su empleado y bajó la mirada. Parece mujer este cabrón, pensó, y frotándose la barba de candado cambio de tema; explicó que necesitaba fotos de vida cotidiana. Requería ilustraciones de parques, centros comerciales, mercados. La intención era aumentar la cantidad de imágenes en el diario y él era una pieza clave en el nuevo proyecto. Habría menos texto, pero más fotos que llamarían la atención de los jóvenes lectores. Armando aceptó con fervor el encargo; sin saberlo inició una cadena de actividades que requerían dedicación y tiempo. Aparte de su labor como responsable del área visual del diario, ahora era reportero gráfico. Fácilmente se dejó llevar por el ritmo absorbente del trabajo. Tomaba fotos, revelaba los rollos y entregaba las imágenes del día a los editores. Su casa fungió como dormitorio y la sala de redacción se convirtió en un hogar multitudinario. La mayoría de los reporteros y correctores atestiguaron la transformación de Arman-

do, pero hablaban entre ellos. Nadie se atrevió a decirle que parecía una mujer anoréxica.

Cierto día le encargaron retratos de gente haciendo pesas. Sin pensarlo mucho se dirigió al gimnasio en el que Fernando trabajaba. Al verlo sintió ganas de darle un abrazo. Evitaba el contacto visual directo; bajó la cabeza y, tras respirar profundamente, explicó el motivo de su presencia en ese sitio. Al hablar detuvo sus ojos en la boca de ese tipo.

—Bienvenido. Todo el espacio es tuyo —dijo Fernando abriendo los brazos.

Armando se sonrojó al imaginarse cómo besaría ese hombre musculoso, bronceado y simpático, quien se ofreció a fungir como modelo para las fotos. Al final de la sesión, entregó una de las tarjetas que llevaba en su mochila; anotó en el reverso el número telefónico de su casa.

—Gracias por todo —dijo guardando su cámara en una mochila de lona.

—¿Te llamas Angelina Granados?

—Sí —respondió acomodándose un mechón de pelo que le cubría la frente—. Desde que nací.

Se miraron durante unos segundos.

—Rodrigo Cervantes. Mucho gusto —extendió la mano para estrechar la de Armando—. ¿Te puedo decir Angi?

—Claro. Es un placer —sonrió Armando y para despedirse agregó—: ¡Buen día!

Salió a toda prisa del gimnasio. Descendió por los peldaños con la certeza de que debía frecuentar ese lugar. Dio una larga caminata para calmarse. Es que tiene muy bonita boca, dijo palmeando su frente. No podía quitarse la imagen de aquel hombre haciendo curls de bíceps. Recordaba las venas en los brazos. Apretó los dientes. Cálmate, Angelina, pensó. Se detuvo un momento y trató de explicarse por qué se había imaginado como Angelina. Usó una de las ligas que llevaba en la muñeca del brazo derecho y acomodó su cabello en una cola de caballo. Hizo la parada a un taxi para llegar a su segunda orden del día.

En casa dedicó algunos minutos a observar su mural fotográfico en la sala.

—Angelina, todos son buenos partidos —susurró aflautando la voz más de lo habitual—. Creo que ya tienes que decidirte por uno.

El timbre del teléfono interrumpió sus cavilaciones. Levantó el auricular.

—Diga.

Al escuchar la voz del otro lado sintió un golpe en el estómago.

—No sé nada de ti. ¿Cómo te ha ido? —tardó algunos segundos en reconocer la voz de Angelina—. ¿Estás ocupado?

—No, no —enredaba el cable del teléfono con el dedo índice—. Teescucho.

—¿Estás bien, Armando? —hizo una pausa para encender un cigarro—. No porque estemos separados te me pierdas tanto.

—Sí —cerró los ojos—. Estoy muy bien. Tengo mucho trabajo.

Angelina exhaló el humo. Levantó la mirada hacia el techo y jaló aire antes de pegar su boca al auricular.

—Me alegro —suspiró—. ¿Estás bien?

—Sí —gritó abriendo los ojos—. ¿Y tú?

Ella habló de las dificultades que tuvo para encontrar trabajo. Vivía en un departamento pequeño, incluso dio la dirección por si algún día él se animaba a visitarla. Al término de la llamada, Angelina envió varios besos y decenas de abrazos.

Armando encendió un cigarro y exhaló el humo en dirección a su mural.

El timbre del teléfono sonó de nueva cuenta.

—Diga.

—Soy yo otra vez. ¿Me puedes prestar la foto de nuestra boda? Quiero hacer una réplica. Es importante para mí, Armando.

—Ajaaá.

Acordaron tomarse un café el fin de semana próximo. Ella pensaba reunirse con sus antiguos amigos y de paso daría un recorrido por esa ciudad que muy de vez en cuando añoraba. Él se sintió más confundido después de la charla telefónica. Pensaba en ella, claro; a decir verdad, se imaginaba como Angelina. Hizo un recuento de su pasado matrimonial y concluyó que durante el noviazgo habían sido grandes amigos; de ninguna manera, buenos amantes. Claro que tuvieron relaciones sexuales, pero él nunca destacó las habilidades eróticas de ella; las virtudes que se prodigaron en pareja no fueron carnales. A él le gustaba ella; no había duda de eso, pero Armando quería ser idéntico a Angelina. Recordó que antes del divorcio intentaron despedirse sexualmente; al ver el pubis rasurado de Angelina, tuvo la certeza de que estaba con una adolescente y ese detalle acabó con cualquier intento de seducción. Intentó besar los labios vaginales, pero al sentir el aroma dulzón del sexo perdió el encanto y la voluntad de penetrarla. Más que una pareja, fueron hermanos. Ese fue el motivo por el que decidieron separarse: no tenían una relación, se unieron a la soledad del otro.

Armando colocó las manos sobre sus muslos y elevó la cabeza para mirar la foto de Rodrigo, antes Fernando, en el mural. Recreó de nueva cuenta la escena dela

mañana y ese hombre se impuso en su memoria. Cerró los ojos. Suspiró largamente. Decidió darse un baño cuando sintió una erección al pensar en el olor de aquel hombre.

Por la mañana, siguió su orden de trabajo: conferencias de prensa, la inauguración de una carretera y un partido de basquetbol. Fue un día pesado. Cuando regresó al diario recibió una llamada telefónica. La recepcionista informó que buscaban al responsable de fotografía.

—Diga.

Pensaba que Angelina le pediría algún favor; pero la voz grave que escuchó le rompió la tranquilidad. Más que nervioso, estaba aterrado.

—Soy Rodrigo. Llamé a tu casa, pero no tuve suerte. Así que me animé a marcar al periódico. Nada más quería agradecerte que publicaras mi retrato, Angelina, y ver si puedes darme copia de las fotos que me tomaste.

Armando sintió un cosquilleo en el estómago cuando escuchó que le decía Angelina.

—Sí —contestó sonriendo. El tono de su voz era dulce—. Si quieres te las llevo mañana. Por mí está bien.

—Si quieres yo voy por ellas, ¿Qué prefieres?

Postergó la respuesta. Pensó en Rodrigo entrando al diario: vestido con una camiseta blanca y un pants rojo, brillante.

—Claro. Aquí te veo —dijo pensando que Angelina terminaría la llamada en ese momento para no verse tan interesada por ese tipo—. Nos vemos. Tengo que volver al trabajo.

Regresó. Quitó el rollo de su cámara y antes de comenzar el revelado decidió prepararse un café. Sentía que había hecho algo malo, aunque no entendía la razón de ese sentimiento. La cafeína potenció aún más su pulso nervioso. Exhaló varias veces para calmarse. Entró al cuarto oscuro. Tenía encendida la luz de protección. Un halo rojizo manchaba sus dedos blancos, delgados. Se vio los pulgares. Por un momento creyó que estaba frente a las manos de Angelina. Se sintió en la piel de ella. En ese instante tuvo ganas de llorar. Contuvo el sollozo; dejó que sus lágrimas refrescaran las mejillas ligeramente soleadas. Supo que algo había cambiado en él. Por primera vez en mucho tiempo estaba contento consigo mismo.

Ya entrada la noche llegó a casa. Se fue directo a la recámara y encendió el radio de su despertador electrónico. Una tonada melancólica llamó su atención. Escuchaba *Human Behaviour* de Björk. Sólo se quitó las botas antes de recostarse.

Soñó que Angelina le daba un álbum, donde aparecía Verónica, su hermana. Eran los recuerdos que se perdie-

ron en la mudanza previa al matrimonio. En ese ámbito onírico oyó la voz de su hermana mayor.

—Tú eres como nosotras. No nos decepciones.

Despertó de inmediato. Comenzó a llorar sin control. Pensó en llamar a Angelina, pero se contuvo. Extrañaba a esa mujer, aunque sólo como amiga. Dedicó una oración a la memoria de Verónica y pidió que en el cielo ella tuviera su rostro completo, sin los daños causados por el accidente automovilístico. Se calmó al reconocer una melodía en la radio: *Dancing Queen*. Se recostó intentando recuperar el sueño. Cambiaba de posición. Abrió y cerró los ojos. Pensaba que mañana tenía una cita con Rodrigo.

—Todo va estar bien —susurró abrazando la almohada; lamentaba que ese objeto fuera fofo y rectangular, tan poco parecido a los brazos de aquel hombre—. Todo va estar bien.

Se levantó tarde. Sabía que necesitaba un baño, pero al ver la hora supo que no era posible invertir más de quince minutos en el aseo personal. Se convenció de que sólo con lavarse el pelo estaría más presentable. Esa técnica de embellecimiento la copió de Angelina. Si el cabello brilla todo se ve mejor, dijo levantando la ceja al final de la frase. Por primera vez en su vida se alegró de ser lampiño; la idea de rasurarse aprisa lo fatigó un poco. Habló por teléfono al periódico. Le dieron las ór-

denes de trabajo que debía cumplir y salió de casa con los nervios de punta, pues no recordaba en qué rollo habían quedado las fotos de Rodrigo. Tomó su Nikon y la metió a la mochila. Chiquita, no podemos quedarle mal, eh, comentó a la cámara.

Armando olvidó que los reporteros gráficos no tienen vida personal, dependen de las actividades de figuras públicas. Así que no pudo llegar por la tarde al diario. Molesto y todo tuvo que esperar la inauguración de una fábrica textil, ceremonia que se demoró más de dos horas.

Arribó al periódico por la noche. Antes de comenzar su segunda labor en el diario, preguntó a la recepcionista si tenía recados. Ella dudo unos segundos.

—Para ti no. Vino un tipo y preguntó por Angelina. Nada más.

—Gracias —respondió pensando que sus planes habían salido muy mal. Entró a su oficina y trató de calmarse haciendo una serie de respiraciones profundas. Confió que al día siguiente su vida mejoraría. Reveló todas las fotos que tenía pendientes; al final de la jornada imprimió la serie de imágenes en las que Rodrigo levantaba pesas mostrando su musculatura. El cansancio fue un gran relajante.

Esa noche ni el radio ni la televisión fondearon sus sueños. Volvió a despertarse tarde, aunque ahora sí se

animó a bañarse. No escuchó el timbre de su teléfono. Se vistió a toda prisa. Decidió que antes de iniciar con las órdenes de trabajo, todas programadas para la tarde, entregaría el encargo a Rodrigo. Se dirigió al centro. Avanzaba entre las jardineras del Palacio Municipal pensando en las múltiples fragancias que le vendrían bien a ese hombre cuando se topó con Angelina. Ambos se vieron de arriba abajo. Si hubieran acordado vestirse exactamente iguales no se hubieran sorprendido tanto. Incluso el largo del cabello era idéntico: el de ambos rebasaba por muy pocos centímetros los hombros.

—Hola —dijo Armando.

Ella levantó la mano de la misma manera que él y repitió el saludo. Sentía que estaba frente a su imagen y semejanza.

—Iba a casa de una amiga —comentó retirándose un poco para ver con mayor claridad el gran parecido entre ellos—. Pensaba verte hasta mañana, Armando, pero me da gusto encontrarte.

—A mí también —recogió el mechón de su cabello para liberar su frente—. Yo voy a entregar unas fotos. Te veo mañana —se acercó para darle un beso suave en la mejilla—. Cuídate.

—Te acompaño, Armando. ¿Quieres?

—Es que. Bueno. Bueno.

Durante la caminata apenas intercambiaron palabras. Angelina comentó que la ciudad seguía igual, sin cambio alguno.

—¿Desde cuándo te dedicas a la fotografía?

Se detuvieron a esperar que el semáforo peatonal cambiara del rojo al verde.

—Hace cinco meses, Angi. Más o menos —respondió cerrando los ojos durante unos segundos— desde que te fuiste.

—Armando, ¿por qué te pareces tanto a mí? ¿De verdad estás bien? No es sano esto que veo.

—Estoy bien. Sólo no me había dado cuenta, Angi —comenzó a frotarse la barbilla con insistencia— que soy igual que tú.

El sonido de los cláxones potenció la sensación de ansiedad que experimentaba Armando, quien se rascó la nariz, limpió el sudor de su frente; abotonó y desabotonó su camisa de franela. Abrió más de lo usual los ojos. El cambio de luz llegó. A un lado de ellos se detuvo un taxi; el conductor escuchaba a todo volumen *About a Girl*. Atravesaron la calle. A distancia daban la impresión de que eran hermanas. Muchachas extraviadas, confundidas por el ruido visual del Centro de la ciudad. Los dos vestían camisas de franela a cuadros, botas de minero; incluso tenían el mismo aspecto corporal: delgados, cabello negro y lacio. La diferencia real era el peinado de

Angelina: se había hecho dos trenzas. El tono de piel y el hecho de que ninguno de ellos usara aretes potenciaban la imagen doble de una misma persona. Avanzaron entre la gente; algunos transeúntes les ponían más atención de la debida. Estaban a unos metros del gimnasio. Armando se detuvo; puso la mano sobre el hombro de ella.

—¿Me esperas afuera?

—Sí —respondió—. ¿Por qué tanto misterio?

Él se adelantó; ascendió por las escaleras y se paró frente a un escritorio donde Rodrigo leía con atención una revista *Fitness*. Armando extrajo de la mochila un sobre de papel blanco; lo colocó junto a la publicación de fisicoconstructivismo.

—Tus fotos.

Rodrigo levantó la mirada.

—Muy bien —contestó sonriendo—. Fui a buscarte, pero me dijeron que no trabajabas ahí.

—Sí trabajo ahí —bajó la cabeza y frotó sus manos— pero no me llamo Angelina. Soy Armando.

—Pensé que era tu nombre artístico —rió cubriéndose la boca con la punta de los dedos—. Es broma. ¿Cuándo nos tomamos un café?

—No sé.

—No, no te presiones. Piénsalo, ¿quieres? —tomó la mano de Armando.

—Eres muy amable, pero estoy saliendo de una relación larga.

Angelina subió las escaleras. Escuchó parte de la última frase y se detuvo en el umbral. Armando giró la cabeza y se sonrojó al descubrir a su acompañante.

—¿Son hermanas? —preguntó Rodrigo haciendo más grande la sonrisa—. Digo, ¿hermanos?

Armando y Angelina fruncieron el ceño al mirarse directamente a los ojos.

—Me esperas afuera, querida —levantó la ceja segundos antes que ella—. Tengo que arreglar algo muy personal.

Angelina dio media vuelta. Apenas había bajado la mitad de la escalera cuando oyó la risa de Armando. Moviò la cabeza, confundida, de izquierda a derecha.

—Sí quiero intentarlo —enjugó sus labios—. Tenme paciencia. Apenas estoy empezando a sentirme bien. Creo que podemos vernos el fin de semana —dijo jalando con el meñique su collar de coral—. ¿Me llamas mañana?

Lecciones de MÚSICA DISCO

La camioneta perdió estabilidad cuando salimos de la carretera. Antes de tomar la desviación, un retén militar nos detuvo: recogían los cadáveres de cinco personas que se habían baleado desde sus autos en movimiento. Una camioneta en llamas daba cuenta del encontronazo entre dos grupos que se peleaban la plaza. Enfilamos por el camino repleto de cocos, una terracería cercada por palmeras. Los neumáticos aplastaban el fruto caído y pensé que avanzábamos entre cráneos. El crujido recurrente bajo las llantas me hizo imaginar cementerios. Delante de nosotros El Cristo de la Misericordia nos esperaba.

El director del documental y los asistentes entablaron charlas de futuros reconocimientos si lograban hacer bien este trabajo. Debían retratar la locura médica-

mente controlada. Juntaron sus manos y aplaudiendo al unísono tres veces gritaron: ¡Equipo! Eran tan egocéntricos, chicos universitarios que sólo abusaban de una jaula de Dios para mostrar su gran condescendencia con el pálpito oscuro del mundo.

Los guardias abrieron los portones. Me sentí ingresando a una película de personajes fantásticos. Bajé mi equipo: cámara, cargador y cables.

—Vienen todos los domingos y nos dan cachitos de Dios. En mi cama tengo muchos diositos para juntar uno grande —dijo una mujer alta, de pie ante la virgen de Guadalupe que custodiaba la enfermería, y su rostro hablaba de ancestros filipinos; en los dedos, índice y pulgar, había manchas de nicotina. Fumaba, desesperada, la colilla de un cigarro. Ansiosa, vehemente por el fuego, reía sola.

—Yo navegaré —gritaba un ex marino que aún creía estar en misiones contra el narcotráfico; su mano se transformó en radio portátil. Continuó retando a Capitania de Puerto—: Navegaré a pesar del mal tiempo y los dragones para tomar la caspa del Diablo.

Di un recorrido por la capilla. No había buena luz: el nubarrón grisáceo de una depresión tropical opacaba todo. Encendí un cigarro, cortina de humo adecuada en estos casos, y salí a planificar las tomas.

El director del psiquiátrico recibió al resto del equipo del documental. Se colocó el micrófono en la solapa de su guayabera y con gran desenvolvimiento posó para mí.

—El Cristo de la Misericordia A.C. — juntó las dos manos a la altura de la hebilla de su cinturón— es el único lugar de Guerrero en el que se le da tratamiento a los enfermos psiquiátricos. No hay otro sitio. Aquí vivimos de donaciones en especie, no de dinero y recibimos a todos los enfermos. La mayoría de los pacientes llegan de la calle. Aquí son bienvenidos. Tenemos una hectárea y media para que caminen, convivan y encuentren, Dios quiera, pronta recuperación.

Terminamos en la primera toma. Era un profesional el caballero. Comentó que la sala de extranjeros estaba cerca del campo de fútbol. Habló mucho de una chica uruguaya que leía el futuro con piedras. Supuse, por corazonada nomás, que debía ser guapa y extravagante. Rumbo a los extranjeros, allá debían estar los más locos, a quienes seguramente ya consideran muertos en sus países natales. Me dirigí hacia esa parte, rodeada por muchos árboles de almendra, mango y tamarindo. El olor de las frutas suavizaba la existencia en esa zona. Avancé cerca de unas rejas, donde se encontraban los enfermos más violentos. El panorama: un joven delgadísimo aventaba su estiércol fuera de la celda y gritaba

que no podía con tanto dinero entre las manos. Contagiosa su demencia. A mi recorrido se unieron varios tipos que movían todo su cuerpo, como si la rotación del mundo implicara cambiar constantemente de postura; de un árbol bajó una mujer hablando en inglés. Sus pies evidenciaban cierta vocación arácnida; también los codos y las manos. Lo mejor, me dije, era un andar de ciego, sin fijar mucho la atención en un solo personaje. Recorría una parte de este reino con temor. Me observaban sonrientes, había en ellos un halo de ternura que poco a poco me fue tranquilizando. Descubrí el campo de fútbol. Ahí, un viejo daba lecciones a su encendedor acerca de la posición adecuada para jugar al fuera de lugar. Ponía en el piso el *Bic* y le decía, pegando la mejilla en la tierra, como si se tratara de un niño: Apóyate bien, después corres. Al frente de una portería, un grupo de mujeres escandalosas levantaba los brazos, brincaban emulando ranas y escarabajos entorno a una muchacha de tez blanca que pulsaba con el meñique los contornos rígidos de una piedra polvosa y diminuta. Me acerqué con cautela, en el fondo estaba nervioso, nunca había tratado con tanto librepensador.

—Soy un alacrán —vociferó una mulata; con su trenza comenzó a limpiar el camino de ranas. Se aventaba contra el piso, su cabello largo hacía el resto de la ma-

niobra letal—. Me gustan las ranas, parecen coñitos de perra.

Pero la muchacha blanca, con su monocorde caricia, se puso de pie y lanzó un berrido.

—Tranquilas, mana —reconvino el alacrán desde su persecución aluciante a un batracio de gran corpulencia—. Tranquilita, ya mero enveneno a los coñitos.

Empecé a filmar. Los batracios y la morena ponzoñosa seguían practicando extravagantes clases de gimnasia vespertina.

—¡Beeeeeeeeeeeeee! —sonó de nuevo el balido uruguayo.

Todas se detuvieron. Adoptaron posturas marciales. Parecían jugar a los congelados.

—¿Quién va querer platicar con las piedras hoy? —dijo la muchacha blanca, pero se me hacía bastante costea su habla, nada con estilo sudaca—. ¿Quién va quererrrrrrr?

Hice un plano general de aquella reunión. Nadie se movía. El anciano del encendedor levantó la mano. Entró aplaudiendo al círculo de mujeres.

—¿Vas a preguntar con quién te vas a casar? —preguntó la adivinadora.

—Sí que sí —el carácter femenino intensificó la premura de la afirmación—. Y también quiero saber si voy a tener gemelas.

Fui haciendo un close up a las manos de la muchacha: apenas rozó los contornos de las piedritas, parecía que sujetaba peces venenosos. Era una medusa de milimétrica adivinación, su cabello lacio y claro le confería ese aspecto. Abrí la toma: el rostro manifestaba una profunda curiosidad por conocer la fisonomía del futuro consorte.

—Vas a morirte sin amar hombre.

—¡Ahhh! —respondieron a coro todos los testigos.

—Serás un coñito de perra —gritó con seriedad absoluta el alacrán y amagó con atacar al anciano—. ¡Coñito de perra!

Apagué la cámara. Regresé con el resto del equipo para sugerirles escenarios. El retorno a la oficina principal no me sorprendió: los pobladores de El Cristo de la Misericordia seguían afanados en sus actividades demenciales.

Una mujer similar a mi madre, hasta en el tono de voz, me asustó un poco. Prendía un cigarro y movía la cabeza afirmando con rapidez una pregunta hecha por las maquinarias fantasiosas de su mente. Varias ocasiones he visto a mi madre en situación parecida. Los nervios, deduje, hacen que las personas tengan acciones más o menos iguales. Y me habló, de pronto, con su acento amable de mujer atrofiada.

—¡Amiguito, amiguito! ¿Me visitas? Es bueno apersonarte por acá. ¿Cómo está Isabel?

—No, señora. Yo vengo a trabajar.

—Amiguito, no me digas mentiras. Yo te vi, allá con las güeras.

De pronto sentí que de verdad entablaba un diálogo materno.

—El que vio no era yo. Se lo juro.

—Siempre dices eso, papi.

El director del hospital, moviendo su abundante mostacho, me tomó del hombro.

—No la contradigas, déjala que hable, así aprendemos todos —dijo en voz baja.

—Amiguito, ¿ya ves?

—Pues la verdad, sí, amiguita, vine a visitarte. ¿Cómo estás?

Sonrió; en seguida levantó un poco su falda para mostrarme una su pantorrilla completamente quemada.

—Estoy mejor, me duele cuando la veo, pero nada más.

—Bibiana, déjalo platicar un rato conmigo, luego te llevamos a pasear.

—Sí, papá Jerónimo.

Se alejó corriendo rumbo a los dormitorios, una zona fondeada de almendros.

—La historia de Bibiana es complicada. Llegó ella sola, sabes, dijo que no quería volverse mala gente con sus hijos. Gradualmente ha perdido la memoria, joven, no recuerda cómo se llama. Llegó con la cicatriz. No sabemos qué pasó en su pantoriilla.

—¿Oiga, entonces la uruguaya sabe de magia?

—No quisiera sugestionarlo. Pero dice cosas que pasan. A mí me advirtió de la muerte de mi hijo.

Sentí una oleada de aire frío en la espalda; ternura, cuando pensé en el método de adivinación vía las piedras: caricias mínimas con los dedos.

—¿Qué le contó?

El asistente de dirección, con suficiencia creativa, me jaló del brazo para darme indicaciones. Ordenó que hiciera una toma de los portones.

—Más luego me cuenta, don —apuré mis pasos; las nubes filtraron hilos de sol. Y el portón adquirió un tono menos enfermizo. Creí que Dios se manifestaba así, con esa claridad en el momento adecuado, tajadas de luz pues.

Plano general; en seguida un paneo limpio. Cosa de nada. El asistente exigió pulso de hierro. Traté, lo mejor que pude, de evitar el tripié. Pero uno termina usándolo, de pronto vienen temblores incalculados. Frío, nervios, una mezcla de ambos al ver la faena de los enfermos. ¡Listo!

La entrevistadora, con un trajecito azul marino, ensayaba sus preguntas en voz alta junto a la virgen de Guadalupe, quien atendía los cuestionamientos impasible, muy acorde con su historia.

—¡Listos!

Un jovencito con el pelo cortado al estilo marcial puso atención a las preguntas de la muchacha, opinaba con sus dedos. Asentía. Nunca se enteró que lo grabé. Su cabeza era un martillo: clavó afirmaciones en el viento.

—Magda, asíéntate ahí —el director del documental indicó los peldaños cerca de la virgen.

—¿Camarógrafo, se oye bien el Lavalier?

—Por su pollo —contesté reforzando mis palabras con el pulgar en alto.

—¡Vamos!

Encuadré a la muchacha. Sus ojos carecían de inteligencia, ningún brillo anidó mientras hablaba de los vericuetos que conducen a la locura. Asumió doctoralmente la tragedia demencial de los pacientes.

—¡Corte!

—¿Todo bien, cámara?

Ahorrabas frases levantando el pulgar. Y sí, la presentación fue aceptable: todo limpio, ningún objeto fuera de la zona áurea. Vamos, Francisco, lúcete me dije fro-tándome los ojos con las palmas de las manos. Venía lo mejor, hacer que los dañados tuvieran el micrófono. Pri-

mero, el director del hospital; enseguida un par de enfermeros de bíceps ejercitados. Todo en orden. Me comía la curiosidad por llegar con la uruguay.

Fuimos al campo de fútbol. Estaba lleno de pacientes, todos ellos encabalgaban monólogos en voz alta:

—No quiero ir de vacaciones al mercado.

—Me duele mucho el corazón porque se robaron mi llavero del amor.

—Esta casa se va ir en la noche. Cuídense. Se va ir en la noche.

Cada uno imponía su autoridad en cada palabra. Dicción envidiable, proyección de voz. Oradores todos, abogados de la histeria.

Pero la uruguaya, con su batita roja, edificaba montículos de tierra usando los pies. Pusieron un micrófono en suropa.

—Lavalier uno y dos funcionan —anuncié—. Cuando quieran quiero.

La entrevistadora vio disminuida su belleza.

—¿Cómo te llamas?

—Magda. ¿Tú?

—Dora. ¿Por qué estás aquí?

—No sé. Me dejaron aquí los caseros. Vine de vacaciones y me trajeron.

Los espectadores guardaban silencio; no hubo necesidad de pedirles que cerraran la boca, el respeto por la

locura del prójimo era imponente. El anciano del encendedor comenzó a manipular su *Bic* con rapidez. Click, click, click.

—Me han contado que puedes leer las piedras, ¿es cierto?

—Ajá —bajó la mirada. Hombres y mujeres comenzaron a brincar, de nuevo eran batracios, alacranes y hasta peces, gaviotas. Fauna incontrolable. Entraban y salían de cuadro. La entrevistadora vio al director del documental, pero éste se limitó a pedirle que siguiera con lo planeado.

Click, click, click, click, click, opinaba el encendedor.

—¿Puedes leerme la suerte con tus rocas?

—Pero te puede hacer mal. ¿Quieres?

—Sí. Me gustaría saber cómo trabajas.

La uruguaya se acercó, tímida y concentrada en su labor, a una piedra de tamaño considerable, de unos cuarenta centímetros. La yema de sus meñiques, otra vez, afiló canales de percepción sensorial: con suavísimo tacto besó a la pétrea pitonisa.

—¿Qué haces?

—Despierto los ojos de la piedra. Cuando me ve, pues nada más pongo atención a las imágenes y casi siempre se vuelven grandes en mi cabeza. A veces canta y su voz es de tierra.

—¿Ves algo?

—Sí, pero no entiendo. Estás en un río, en una casa, con muchas habitaciones. Dicen tu nombre y entras con un micrófono.

La voz de la uruguaya cambió de tesitura. Engrosaba palabras, interjecciones.

—¿Te sientes bien, Dora?

La uruguaya se transformó: antes de continuar hablando cambió su tono de voz por uno muy masculino. Orinó repentinamente, de pie. Se carcajeaba. Incluso jaló el cabello de la entrevistadora. Los enfermeros entraron en acción. Golpearon a los testigos: se abrieron paso a empujones. El director del hospital nos pidió tiempo, media hora, para continuar filmando.

Más tarde, con los nervios de punta, los directores, de El Cristo de la Misericordia y el documental, pactaron: Nada de preguntas a los pacientes. La intención era captar la cotidianidad del momento. Filmé una panorámica de una valía incalculable: un anciano le preguntaba con respeto a su sombra: ¿Cuándo vamos a descansar en la luz, negrita?

Iba por los baños, por las celdas con la cámara en el hombro. Capturé imágenes de la vida doméstica. Sensateces, deduje al ver cómo se acicalaban algunos pacientes, en realidad no se veían dañados, encerraban los pensamientos en su mente y se notaba el esfuerzo que hacían por no liberar lo nacido cráneo adentro. Conti-

nuaban su labor de podarse las uñas de los pies, aunque utilizaban los dientes, no pasaban de ahí, eran chicos bien portados, flexibles. Las expresiones parcas contribuían mucho al ritmo de mis tomas. Escasa, por decir algo, fue la limitación con el pacto, incluso trabajé mejor. En completo silencio la cámara capturó esta región del mundo. Acabé las tomas que me habían encomendado y me dije: Te mereces un cigarro, Francisco. Así que fumé cerca del campo de fútbol. Había un balón dando tum-bos en los pies de unos jóvenes inquietos que reían al golpear el esférico. La pelota llegó hasta mí. Di un gran pase. Éramos diez hombres. ¿Por qué no?

—Eh, primos, una reta. ¿Cinco goles?

—Ajá —contestó un chico que se mordía con fuerza las uñas de los pulgares.

—Vamos pues.

Cinco y cinco. Yo, en la media cancha distribuyendo el juego. Pases, toques y magia. Aquellos cabrones no se cansaban. Corrían y corrían. De pronto teníamos una multitud. El director del documental me veía con cierta complicidad. Tardaron en caer los goles. El mismo jovenzuelo de las uñas mordisqueadas era un verdadero extremo, destroncaba la cintura de los adversarios e invadía peligrosamente el área chica. Disparaba con fortaleza. Mi portero resultó un demente incontrolable. Daba la vida por cada pelota. Nos adelantamos en un tiro de

esquina: mi delantero remató con la nariz. Hubo sangre, sí, pero un impacto fenomenal hizo el uno a cero. El público gritaba. Incluso improvisaron una porra cerca de un buque extraviado.

—Si ganan aparece nuestro barco. Si ganan aparece nuestro barco.

Eran varios, un conjunto de mujeres lideradas por el ex marino. Todos ordenaban, a quien tenía la pelota, dónde mandar los pases. Instruían con la actitud nerviosa e iracunda de un director técnico. Hubo un penalti en contra de nosotros. Los porteros se midieron y perdimos; el cobrador del otro equipo resultó bueno para faltar al adversario. Descendió un poco el ritmo del juego. Metí un gol y celebré levantándome la playera. Era un fantasma. Los enfermeros aplaudieron el tanto. Los contrincantes atacaron mucho, bastante de hecho: elevaron el marcador a cuatro tantos. Mi impulso no dio para más. Nuestro portero comenzó a correr sin orden, de un lado a otro de la cancha, se desentendía del juego y mordisqueó a los adversarios. Logramos, gracias a su táctica, meter un gol más. El quinto y definitivo tanto fue un poema. El chico de las uñas mordidas se lanzó de palomita, aunque se raspó gran parte del pómulo izquierdo, golpeó la pelota con la espalda: la pelota entró de bandera, pegadita al rincón derecho.

Y los que coreaban el arribo del buque cargaron en hombros al goleador del otro equipo. Tomé la cámara para registrar el festejo. Se arremolinaron todos, incluso los enfermeros. El ex marino dio una orden:

—¡Todos al abordaje!

Hasta yo entré al camarote de lujo. Había vodka, whisky, vino blanco; todos bebimos. Todos. Nos embriagamos hasta la médula. Dieron camarones y cientos de galletas con mensajes ocultos en papeles de China azules con letras amarillas. La vida en alta mar era fantástica. Podría jurar que oí gaitas, vi mujeres de piel italiana, cuerpos delgados y franceses pidiendo un camarote en nuestro buque. No quería bajarme, pero el asistente del documental me jaló el brazo.

—Haz tomas del edificio principal y de la enfermería. Ya con esotenemos.

Me sentí absurdo. No quería trabajar. Me interesaba compartir algo que nacía con furia en alguna región de mi cerebro, una sensación liberadora, infantil. Pero a final de cuentas cumplí con mi trabajo. Aproveché la caída del sol, había una luz cremosa que otorgaba brillo a los muros blancos de la enfermería, a la fachada del edificio principal. Al salir de la dirección vi a los hombres con los que había llegado: me parecieron grises.

—Aguanten, se va poner bien —comenté acercándome de nuevo al campo de fútbol.

El director del hospital se acercó despacio para decirme, mientras veía cómo celebraban la victoria los pacientes, frases sabias y reconfortantes:

—Ya se alocó, joven. Está bien que se porte así. Este es el lugar indicado —sonrió dándome una palmada en la espalda.

—¿Te quedas? Si te quedas dame la cámara —comentó en broma el director del documental.

En ese momento supe que deseaba estar más tiempo con los pacientes. Noté, como si me hubiera colocado un filtro especial en la mirada, la renovada intensidad de los colores en la tierra, en los árboles; el tono de las pieles, el brillo en los ojos de los enfermos. La mujer idéntica a mi madre me dio una nalgada.

—Mejor vete a cuidar tus hermanos, hijo —aconsejó.

Yo estaba feliz. Brincaba. Fui un batracio también.

—Vete a cuidar a Irma, hijo —ordenó guiñando nerviosamente un ojo—. Tú sabes que se va enojar si no llegas a tiempo por ella.

Esa frase me congeló. Así se llamaba mi novia. ¿Cómo diablos supo Bibiana el nombre de mi chica?

—¡Hijo, por favor! —gritó frotándose con fuerza las heridas de la pantorrilla.

Decidí volver al puerto a lidiar con Irma, a ensayar nuestra tanda de canciones de los Stone Temple Pilots con Carlo, a tocar el bajo, porque esa era realmente mi

vocación. Necesitaba un poco de realidad. En ese momento sentí que podría fácilmente perder el piso. Cargaba la cámara. Hice una última toma; encuadré a la virgen de Guadalupe, bajo ella había una leyenda de Isaías que me agradó mucho: *Y ahora, así te habla Yavé, que no temas, porque ya te he rescatado; te he llamado por tu nombre, tú eres mío.*

El sol caía sobre las hojas amplias de los almendros, reflejaban algo que yo traduje como sonrisa divina. Caminé para reunirme con los integrantes de mi equipo de filmación. Abordé la camioneta.

Los portones quedaron cerrados. La cara de mi compañero de asiento no era muy animada; la entrevistadora lanzaba pestes, ofendía la memoria de la uruguaya. El director, con más calma, se limitó a decirme:

—Buen trabajo, Francisco. Aparte de barato saliste bueno para loquear, ¿no?

Asentí con la cabeza. No había mucho que agregar a sus palabras. Sonreí. Escuchaba el crujir de los cocos. Sentí que me llevaban a un manicomio más grande, siniestro. El chofer encendió la radio y agradecí profundamente aquella canción de Earth, Wind and Fire que dice: *“Every man has a place/ In his heart there’s a space/ And the world can’t erase his fantasies”.*

El ARTISTA

Con la mirada puesta en el ala corta del sombrero, Víctor parpadea para enfocar el rostro hinchado del bigotón que agita el frasco de cristal con ambas manos, usa una llamativa camisa de seda estampada con arcoíris diminutos.

—¿De dónde sacaste esto? —la voz es aguda, casi de mujer. Apoya la bota en el brazo de la banca. La piel del calzado es de cocodrilo. Deja el antebrazo en la rodilla y sacude nuevamente el frasco de Gerber donde reposa la lengua de un pitbull americano. Eleva el recipiente para observar a contra luz el trozo de carne rosada con pequeñas manchas oscuras.

Víctor tiene al frente un hombre fornido, tosco, pero el tono dulzón de las palabras no empata con la imagen

varonil. Levanta del piso una bolsa de plástico con resistol y aspira un par de veces.

—¿Tú haces estas chingaderas? —suaviza todavía más la voz y golpea con la llave de su auto algunos de los recipientes en los que reposan lenguas de varios tamaños, frascos perfectamente acomodados bajo la banca. A lo lejos, parecen fetos. El olor del resistol 5000 es penetrante.

—Simón —bosteza; su dentadura también se ha ennegrecido—. Son de los putos perros que se pasan de lanza con los niños. Los de allá —señala un par de cajas de zapatos, apiladas junto al tablero de basquetbol de la cancha que se ha vuelto un basurero— son de gato. ¿Quieres comprar unas?

El bigotón sonríe. Pone las manos sobre la hebilla en forma de corazón. Toca el ala del sombrero y se acerca al oído de Víctor.

—Mi patrón quiere que trabajes para él. Vamos a buscarte un lugar, pero tienes que dejar esta mierda por un rato —señala la bolsa de plástico.

—¿Cuánto me van a pagar?

—Párate, de una vez vamos viendo lo de tu casa.

El bigotón aborda un BMW, no abre la puerta para que Víctor suba al vehículo.

—Sígueme —ordena avanzando a vuelta de rueda; dobla en la esquina, justo donde cuatro camionetas Li-

berty, estacionadas frente a una casa de dos pisos, coaccionan la mudanza. El dueño de esa vivienda acomoda cajas en una Combi bajo la estricta mirada de dos hombres que portan rifles de asalto. Tiene una herida pequeña en la frente, sangra. A su lado, una mujer delgada hace señas a un niño sordomudo. El BMW se detiene.

—¿Todo en orden, Roberto? —grita desde el auto.

—Sí —responde sin mirarlo—. Ya están mis cosas listas.

Víctor siente placer al presenciar la docilidad de ese hombre, bravucón y pendenciero, lo ha visto alardear de su poder adquisitivo en el mercado central; la mujer aparenta mayor aplomo que el esposo ante esa situación. El matrimonio, tomando de la mano al niño, aborda la Combi en silencio. Sus rostros parecen ilustraciones de *La Biblia para niños*, láminas que narran el destierro. Se alejan por la calle empedrada hacia el canal de aguas negras que conduce a la colonia Hogar Moderno, rumbo a la avenida Ejido, una zona floreciente en servicios funerarias exprés.

—¡Orale! Ya está tu negocio —dice el bigotón—. Es por un tiempo. Después vemos qué te has ganado —muerde la uña del dedo pequeño—. Nadie va entrar más que tú. ¿Entendido?

Víctor afirma con la cabeza. Ve atentamente los ventanales amplios de la casa de dos pisos, el jardín podado,

los juguetes en el pasto. No imagina cómo será por dentro esa vivienda.

—¿Y las llaves?

—Estás pero si bien pendejo —responde sonriendo. Sube el cristal de la ventanilla. Espera que dos de las Liberty avancen. Tras el BMW circulan las camionetas restantes. El vecindario permanece en silencio.

Desde que cruza el umbral de la casa, Víctor se sorprende de los muebles que hay en la sala. Sofás aún con el plástico puesto, mesas de mármol protegidas con hule esponja. El pasillo que conduce a la cocina está lleno de diplomas. Acaricia los marcos. Lee en ellos el nombre del niño: Roberto Mendoza. Tiene diversos reconocimientos por sus habilidades matemáticas. El más grande de los cuadros, colgado justo al centro del corredor, es una fotografía familiar. A los pies del padre se encuentra el pitbull negro que atacó hace un tiempo a una niña. Víctor ladra un par de veces. Continúa caminando. Abre y cierra los cajones de la alacena; encuentra latas, cereal, leche. En el refrigerador sólo hay cortes de carne. Enciende la parrilla de la estufa y coloca un bistec sobre la flama. Voltea el asado con las manos. Come muy aprisa. Sube por los escalones al segundo piso. Ninguna de las tres recámaras tiene muebles. Regresa a la sala. Enciende el televisor. El resto del día ve paneles de discusión. Por la noche, descubre el programa de Bob Ross.

Se interesa realmente en el pintor, en cómo hace que los paisajes sean felices. Duerme plácidamente. Sueña con árboles de color siena.

El bigotón lo despierta en la madrugada.

—A trabajar, cabrón —ordena moviendo una pistola Baghira, negra—. En el jardín ya armaron tu changarro; hay todo, hasta algodón y alcohol. Ahora sí vas a operar bien, como un rey.

Sale de la sala, adormilado. Descubre un cuartito hecho con bastidores de madera, sin techo. En el centro hay una camilla, junto a ella cinco tipos de bisturí. El chofer de la Liberty entra con una jovencita en brazos; la recuesta, atada de pies y manos, al camastro.

—Yo no trabajo con mujeres.

El bigotón golpea con la cacha de su arma la cabeza de Víctor.

—Apúrate que la verga, pinche chemo. ¡Rápido! —ordena elevando de nueva cuenta el brazo para repetir el castigo.

Un hombre fornido abre con las manos los maxilares superior e inferior de la jovencita. Víctor lamenta que la muchacha tenga labios gruesos. Observa el bisturí más largo, las pinzas y el cautín. Hace un enorme esfuerzo por imaginarse al pitbull que desfiguró el rostro de la niña. Ladra. Corta, primero con miedo; luego, al presenciar los intentos de la chica por liberarse, con prisa.

Termina la operación más rápido de lo pensado. Usa el cautín eléctrico, conectado a una extensión de luz, para evitar la hemorragia. El bigotón le da un fajo de billetes.

—Te lo ganaste, loco —dice con la voz afeminada, coqueta.

La mujer, con la boca llena de algodón e inconsciente, es un bulto fácil de cargar para el fornido. El bigotón desaparece. Víctor escucha el abrir y el cerrar de las portezuelas de un auto.

Descubre que las mujeres lloran menos, durante las operaciones, que los hombres. En cuanto ven el bisturí, los varones cierran los ojos; ellas no: pareciera que necesitan conocer cada instrumento. Él procura no mirarles el rostro. Corta, extrae la lengua con unas pinzas, cauteriza y listo: culmina la faena. Sabe que los varones, no importa el tamaño que tengan, aprietan los puños, incluso algunos de ellos se han cagado en plena extracción. Entienden lo irreversible del proceso. El bigotón llega por las madrugadas, Víctor lo espera despierto, usa la bata de baño del anterior dueño de la casa para no mancharse la ropa en las operaciones. Es un experto en la extracción. Por impulso arrancó la primera lengua de un animal. Cuando era niño encontró el cadáver de un cachorro rottweiler en un lote baldío. Tocó con un palo la lengua del perro, se animó a palparla y la jaló. Usó la navaja que le regaló su hermano mayor para cortar con

paciencia; no hubo mucha sangre, pero descubrió que le gustaba ese trabajo. En la adolescencia practicó con animales vivos; en especial, con gatos. Para ese momento, la adicción al thinner era insostenible. Abandonó la casa materna, el trabajo de cerillo en la Comercial Mexicana y se dedicó completamente a las drogas duras. Del PVC cambió al resistol. Siendo útil para alguien, Víctor experimenta la satisfacción laboral. Pasea por el mercado presumiendo los tenis caros y feos, propiedad del anterior dueño de la casa que habita. Chulea con insistencia a las chicas del bar mientras se toma un par de cubas. La cerveza, según él, es una bebida para mediocres.

—Entonces te andas enchufando al putito del BMW, ¿verdad, pillín? —le dice al oído la sabrosa Carmen. Él ni siquiera se da tiempo de pensar la respuesta, levanta la mano para indicarle al cantinero que sirva otra copa. Pone los billetes sobre la mesa y bebe. No se preocupa por el dinero.

—Uno tiene ciertas necesidades, Carmen —responde mientras besa el pecho acojinado y acaricia la nalga fofa de esa mujer, quien ve con curiosidad y repulsión a Víctor.

Él corta, cauteriza y guarda las lenguas en frascos de cristal. Supone que los enemigos de su patrón son bastantes. A menudo suele preguntarse, ¿cuáles fueron los errores cometidos por todas esas personas?

En la calle todos hablan del bigotón afeminado. Cuentan historias terribles. Víctor sabe pocas cosas. Oye con atención las versiones de los parroquianos del bar. No agrega ni una palabra a esos relatos. Se hunde en las carnes de sus acompañantes femeninas para olvidar la fama de su patrón. En los tiempos muertos, después de las siete de la mañana, boceta su diploma. Quiere saber, pero se avergüenza incluso de la idea, si el bigotón puede darle un reconocimiento, algo aparte del dinero, porque aunque es muy importante adquirir y ejercitar el poder monetario, a él comienza a picarle el ego, la idea del estímulo laboral. Durante algunas siestas, sueña con una ceremonia de condecoración. Claro, está Carmen y la chica nueva del bar, Rosalía. Ambas lo aman y le proponen irse a vivir juntos. Por supuesto, hay un festejo en un sitio elegante, lleno de botellas de whisky, ron y alguna que otra de brandy. Nada de cerveza.

—Mira, pues la verdad, estaba pensando que deberían darme un diploma. No sé, como un gesto bonito, pues.

—Estás pero si bien pendejo —responde el bigotón sin poder controlar la carcajada, es la primera vez que ese hombre ríe nasal, áspero; todos los ademanes que lo han caracterizado se pierden con la risa—. ¿De dónde sacas esas ideas? —pregunta retomando el tono femenino de su voz.

—¿Entonces? —Víctor aprieta los puños. Escupe a un lado de la bota color rosa del bigotón—. Así al chile, ¿vas hablar con el jefe?

—Pinche loco —limpia el sudor de la frente con un pañuelo de color azul celeste. Ajusta sus lentes oscuros y vuelve a reírse. Aborda el BMW. Enciende los faros y ve a la distancia que Víctor se sienta en las escaleras de la casa.

Ya que está solo, va directo al pasillo entre la sala y la cocina. Saca los diplomas de los cuadros. Toma un lapicero de la mesa de centro. Comienza a tachar el nombre de Roberto; sobre él escribe: Víctor Benítez Galán. Cuando termina de rotular su nombre en tinta azul, ya no siente coraje. Sólo sabe que el bigotón lo humilló.

—Me las vas a pagar, pinche puta barata —escupe y enciende un cigarro. Se le antoja ir a la cantina, pero aparte de que no han abierto, Carmen no estaría ahí y es ella quien podría aconsejarlo. Exhala el humo. Ve por la ventana al chico que reparte los periódicos, al lechero y, en especial, a las vecinas apurando el paso rumbo a la secundaria. Cree que la mejor decisión de su vida fue abandonar la escuela; tuvo maestros, viejos llenos de ira, quienes bebían mezcal a pico de botella en el salón de clases y golpeaban a los alumnos por minucias, inculcaban una forma misteriosa del respeto. Aprendió a leer, a hacer cuentas; con un poco más de dedicación,

a dibujar: su única virtud. Arroja la colilla al piso. Observa la claridad del alba. Lleva mucho tiempo sin ver el amanecer. Escucha el canto matutino de los zanates. Se le ocurre que su trabajo consiste en quitar la voz de ciertas personas y antes de que la culpa lo atrape, va por una cerveza al refrigerador. Da un solo trago. Siente la fuerza de la cebada en la lengua. Deja la botella en la mesa y escupe: se recuesta en el sofá. Duerme tranquilo.

Limpia la sangre de los bisturíes, los afila con una piedra pequeña. Acaba la faena y enciende el televisor. Tira en el lavabo la cerveza que dejó en la madrugada. Sale de casa con el antojo de un caldo de iguana. Mientras agarra una tortilla, para acompañar su desayuno en el mercado, un viejo se le acerca.

—Le hago su caricatura para que no esté tan solo — dice exhibiendo algunas de las piezas que ha hecho—. Me salen bien, chavo. ¿Te animas?

Víctor paga por un retrato hecho a lápiz; lo cuelga en la sala. En el dibujo aparece sonriente; lleva una cuchara enorme en la mano derecha. Busca un lapicero en la sala. Se las ingenia para convertir el cubierto en un cuchillo enorme. Se siente complacido con la imagen que tiene al frente. Está orgulloso. Tiene ganas de festejar su existencia. Decide ir a tomarse un par de tragos. Entra al bar, y al ver los cuadros de mujeres desnudas, cree que sería buena idea seguir los pasos de Bob Ross. Pide

a Carmen que le compre en la papelería una libreta y varios lápices.

—Ahora me saliste artista. Noo, bueeno —dice la mujer; se pierde unos minutos tras las portezuelas de madera de la cantina y regresa con el pedido. Recibe una propina generosa.

—Me van a dar hartos diplomas con esto. Vas a ver si no, morena.

—Tas bien loco, morro. Ja. Diplomas para todos, ¿no? Yo por puta —dice enseñando las tetas grandes que posee. Ríe motivada por el alcohol.

El bigotón se ausenta unos días. Víctor trabaja en su proyecto, pero no obtiene resultados inmediatos. Traza la fisonomía de los muebles, incluso de algunos pájaros, pero sólo obtiene imágenes parecidas a las que hacen los grafiteros. Los dibujos más acabados son precisamente frascos con lenguas. Toma una hoja en blanco. Empieza a darle forma al rostro del bigotón. Quiere quedar bien con él. Pone empeño. Y confía en su tenacidad. Cree que pronto presumirá ese trabajo a varios de sus conocidos.

Llega a la cantina con su libreta. Carmen se burla de algunos de los bocetos, pero se atemoriza con otros. Víctor muestra el retrato que hizo del bigotón.

—Yo he visto a éste —golpea la frente del dibujo.

—Es mi patrón. Este verga está bien parado con los de La Maña. Es uno de los brazos duros, pues —grita orgulloso y en la medida que ingiere más alcohol habla de los encargos especiales ordenados por ese hombre, el de la ropa amariconada y la voz de niña.

Promete al cantinero un dibujo especial que será colocado junto a la virgen de Guadalupe, encima de la barra.

—Pura creatividad, como Bob Ross, ¿no? —enfatisa la frase aplaudiendo; saca un rollo de billetes y lo entrega al cantinero ante la mirada de varios parroquianos que fingen no poner atención—. Una ronda para todos. ¡Chingao! Yo invito, nomás porque soy de La Maña.

Vuelve a casa con una botella de tequila a la mitad. Bebe despacio. Ve el BMW estacionado afuera de su casa. Acelera el paso y antes de llegar al jardín trasero recibe una patada en el muslo.

—¿Dónde andas, cabrón? Esto no es una carnicería. A ver, tú —señala a uno de los chicos más fornidos de los tres que acompañan al bigotón—. Dale algo a este pen-dejo para que se le baje. Pícale.

El jovencito saca de su cangurera una bolsa pequeña de plástico. Jala de los cabellos a Víctor y le da el paquetito.

—¿Me voy a meter todo? —mantiene el equilibrio con dificultad. Se deja caer en el pasto; suelta la botella e inhala con brío. Abre los ojos al sentir la renovación lenta,

al superar el aletargamiento generado por la ingesta de alcohol. Se acerca a una de las llaves de agua, en el jardín, y se enjuaga la cara un par de veces.

—Esto no va pasar de nuevo —comenta el bigotón sacudiendo la manga de una de sus camisas coloridas—. Una más y te abrimos. Por pendejazo, hoy no te va tocar paga —la última palabra suena cavernosa, sin la sutil nasalidad con la que acostumbra hablar este tipo—. Y tú —señala al más alto de sus acompañantes— ya ve por los perros. Van a sacar uno por uno; luego los regresan a la camioneta, pero ahora sí van a tirarlos lejos, hasta las canchas de fútbol de la Vacacional. Tienen que escarmentar.

Víctor revisa los utensilios de trabajo: pinzas y bisturí. Conecta el cautín a la clavija de la extensión eléctrica y jala aire; siente las fosas nasales entumidas. Adquiere aplomo en cada movimiento, como si no hubiera bebido ni una gota de tequila. Entra un jovencito muy delgado a la sala; lo somete uno de los guaruras. Víctor toma las pinzas, usa sus instrumentos y extrae la lengua; luego cauteriza la herida. El chico pierde la conciencia desde el primer corte.

Durante una hora, Víctor mutila a cinco personas. Hay más sangre de la usual en el taller. Enciende un cigarro cuando el bigotón y su gente se han ido. Va a la cocina palpando el fajo de billetes que aún tiene en su bolsillo,

el dinero que no se gastó en la borrachera. Siente las palpitaciones aceleradas de su corazón, pero no se asusta. Está en pleno uso de sus facultades. Escucha ladrar a los perros. Planea su día bebiendo té frente al televisor. Recuerda que vio una papelería grande en la avenida Constituyentes. Camina por el barrio y, antes de aceptar que está perdido, sube a un taxi, el primero que aborda en años. Horas después sale de Lumen con varios óleos, pinceles, diluyentes, colores, un caballete y una libreta de dibujo con lápices de promoción. Vuelve a casa en taxi.

Se siente a gusto dibujando en el cuartito hecho para las mutilaciones, junto a las herramientas de trabajo. Se le ocurre usar un poco de la sangre que hay en el pasto para trazar algunos rasgos que hacen característico al bigotón. Humedece el pincel en agua y en la sangre seca; el cabello en el óleo se tiñe de rojo, imagina que recibe un diploma, un papel que destaca a Víctor del resto de los humanos. Jala aire. Extiende los brazos; aspira el olor metálico de la sangre. Descubre que al pintar se siente vivo. Trabaja hasta la madrugada, cuando su jefe llega.

—¿Qué estás haciendo, cabrón? ¿Para qué me dibujas?

Víctor no entiende la molestia del bigotón. Parpadea un par de veces al notar que Carmen está frente a él, amordazada, con los ojos hinchados por el llanto.

—¿Andas diciendo que trabajas para La Mañana, pendejo? Ahorita mismo me vas a decir qué le contaste a esta putita que fue a pedir trabajo con el patrón —usa el tono de voz masculino para regañar.

Víctor ladea la cabeza. Suelta el pincel. No recuerda con precisión toda la plática que tuvo con Carmen.

—La verdad, no me acuerdo. Diría algo muy leve, pero no dije nombres ni nada.

El bigotón jala la esquina de su mostacho con los dedos índice y pulgar. Ve los bocetos de Víctor en el caballete. Sonríe.

—¿Entonces? ¿A quién vamos a escarmentar?

Junto a Víctor se para un hombre musculoso, alto, con el pelo cortado al estilo marcial. Toma de los hombros a Carmen y la coloca junto al camastro; la recuesta. Quita la mordaza y le entrega el bisturí a Víctor.

—Me vas a enseñar tu trabajo, putito, y si esta pendeja se pone a gritonear le voy a tener que torcer el cuello. Órale. A ver, empiézale para que aprenda —ordena el musculoso, es una cabeza más alto que las personas reunidas en el taller.

Víctor limpia las mejillas de Carmen con el dorso de la mano. Da media vuelta y conecta el cautín electrónico en la clavija. Toma las pinzas y, mientras el musculoso sujeta a Carmen, jala la lengua; con la diestra usa el bisturí: corta. Corta. Tarda más tiempo del acostum-

brado en la extracción porque no presiona con la suficiente fuerza las patas de las pinzas. Al final de la cirugía utiliza el cautín. Muchas personas se desmayan segundos después de haber perdido la lengua. Carmen llora, Víctor no soporta la mirada de la mujer y en cuanto ve al pasto descubre que su amiga se ha orinado. Desconecta el aparato manchado de sangre, huele a carne quemada.

—Abro, sujeto, corto y quemo. No es complicado — resume la lección el tipo musculoso—. No está difícil.

Tres de los acompañantes usuales del bigotón sacan a Carmen del cuarto. Alguien pone en marcha el motor de una camioneta; se oye cómo abren y cierran las portezuelas. Víctor enciende un cigarro. Antes de que guarde la cajetilla en el bolsillo del pantalón, el bigotón le toca el hombro.

—No seas mal educado. ¿Qué? ¿A poco no vas a ofrecernos uno? —recobra el tono afeminado.

Tanto el fornido como el bigotón toman un cigarro; comparten el encendedor de Víctor y arrojan el humo por las fosas nasales.

—¿Entonces quieres tener más tiempo libre? —Víctor finge que no escucha la pregunta—. ¡Hey! No te pongas tenso. Nomás digo, porque yo te veo muy interesado en esto —dice con el tono más suave que posee y golpea el óleo—. La chava que estuvo aquí es chismosita, le dijo

a mi nuevo amigo —señala al musculoso— que tú eres sicario. Cuéntame, ¿para quién trabajas?

—Para usted —responde sintiendo que se agrieta su futuro—. Yo no hago más que estar aquí, beber y dormir. Usted sabe, apenas empecé esto de dibujar porque quiero hacer unos retratos. Me porto bien, hasta le pedí un reconocimiento, ¿no? Se lo pedí porque soy bueno en esto.

El bigotón se carcajea. Tira la ceniza sobre el camastro. Agarra del cuello a Víctor y lo empuja violentamente.

—A ver, tú andas soltando la lengua de más; ahorita que vengo veo que hasta dibujos de mí tienes. ¿Qué te crees? En serio, dime qué puta madre piensas —le quema la mejilla con el cigarro. Víctor aguanta el dolor—. No se te ocurre pensar que es peligroso retratarme. La gente deja de servir cuando cree que puede sacarme provecho y le va peor cuando cree que puede sacar provecho del patrón. ¿Tú cómo ves, Fer?

—Hay un problemita aquí con el maestro —jala del cabello a Víctor mientras el bigotón conecta el cautín y toma el bisturí—. Un grave problema.

—Fer, ven acá. Escucha, hoy vamos a hacerle un reconocimiento a Víctor. Anda. Dale la mano y dile gracias, Víctor, porque me enseñaste un oficio. Eres mi maestro. Anda.

El tipo musculoso repite palabra por palabra lo que acaba de ordenar el bigotón, abraza a Víctor e incluso le da unas palmadas en el hombro.

—Gracias, maestro —dice y lo empuja: Víctor cae en el camastro.

—Te di casa, pendejo, un oficio ejemplar y mira cómo la cagaste. Pensaba dejarte sin lengua, nada más, pero vengo y veo que hasta dibujar sabes. ¿Qué hago contigo? Dime, ¿cómo se portaría un hombre en estos casos?

—Voy a fumarme un cigarro, eso quiero —intenta levantarse, pero el bigotón pone la bota encima del pecho—. ¿Nopuedo?

Saca una cajetilla de Lucky strike y ofrece el tabaco.

—No patrón, a mí me gusta fumar de los míos, para eso trabajé y bastante bien.

—Así me gusta —responde y retira la bota del pecho—. Hasta ya me caíste bien, cabrón. Cuando regrese la camioneta vamos a tener que acabar. Sabes que no puedo dejarte ir, pero fuma. Es más, me voy a chingar uno contigo.

El humo asciende al techo de lámina. Se oye el ladrido de los perros en la calle y el motor de un auto que se acerca. En silencio tiran las colillas al pasto. Víctor respira profundamente.

—Órale, Fer, estrénate. El maestro ya te dijo cómo — ordena aflautando la voz; saca un peine de la bolsa de la camisa para retocarse el copete.

Víctor abre la boca. Siente que las pinzas le jalan la lengua. Piensa en cómo se vería sobre un lienzo la mancha rojiza del sol simulando el cielo. El musculoso demora el ingreso del bisturí a la boca, aprieta las pinzas con más fuerza de la necesaria, hiende la punta de la lengua. El bigotón se refleja en los ojos de Víctor: saca la pistola Baghira que guarda bajo la camisa de amarillo chillante y dispara.

—No era de hombres que sufriera tu maestro. Córtale, Fer. Haz tu chamba. Dale. Es bueno que te hagas de experiencia.

Temperatura local

Marlin observa su reflejo avejentado en las gafas de *El Morro*, quien escupe las yemas de los dedos pulgar e índice, los frota rápidamente, y cuenta un par de veces los billetes de mayor denominación. Ajusta con ligas los fajos de papel moneda y deposita en una petaca negra el capital.

—Sé que si te pones las pilas vas a crecer. Ten —sube el zíper de la petaca y la golpea con la mano abierta—. A la verga, mi niño. Hay mucho trabajo que hacer hoy. Este país no es para huevones ni para pendejos. Órale —aplaude.

—Gracias por el paro, *man*. Voy a pagar mi adeudo bien pronto.

Chocan los puños. Marlin sale de la habitación resguardada por dos hombres que presumen los Cuer-

nos de Chivo sobre sus abdómenes atléticos. Aborda su Volkswagen polarizado. Baja los cristales de las ventanillas. Enciende el auto y toma el volante con la franela para no sentir lo caliente del cuero. Trata de no pensar que ya tiene dinero para liquidar el cámper donde venderán los tacos; a él lo excita el olor del papel moneda. Necesita tramitar los permisos, acabar los arreglos del negocio y surtirse de comida. Los réditos, aunque excesivos, van a cubrirse con las ventas. Confía en ello. Baja el cierre de la petaca para percibir la fragancia que él asocia con el sexo de las mujeres. Sabrosea con la mirada a las chicas que caminan bajo el sol del mediodía, a treinta y cinco grados de temperatura. Recuerda a su exesposa; en especial, las nalgas portentosas de aquella mujer. Tiene una erección. Consulta el reloj de pulsera y pisa con desgano el acelerador. Estaciona el auto a unas cuadras de la zona roja. Ahí trabaja Pikochas, en una vulcanizadora. Toca el claxon. Un chico sin camisa, con el pelo afro, chanclea hasta la ventanilla del Volkswagen. Recarga medio cuerpo en la portezuela. Tiene los ojos rojos; la boca seca y la lengua pastosa.

—Mira, rey. Necesito que le lleves varo a Chalán. Dile que acabe bien lo del cámper. *Caigo al rayo* —comenta exprimiéndose una espinilla de la nariz frente al espejo retrovisor—. ¿Andas bravo, primito? —toma de la

petaca un fajo de billetes y lo entrega a su socio—. ¿Qué tienes?

Pikochas cacha el dinero. Observa el bulto en la bermuda de Marlin. Tose.

—Andas bien jarioso, pinche puerco —dice sonriendo; da media vuelta y se retira. Ya que está a una distancia considerable del carro flexiona el brazo izquierdo e intercalando el derecho entre brazo y antebrazo, como símbolo de costenísimas amistad, le desea buena tarde—: Chinga tu madre, pinche caliente.

Marlin acelera, contento. Se divorció hace unos meses; la exesposa reinició su vida con un elegante contador de sesenta años. En cuanto se consumó la ruptura, Marlin pensó en el suicidio. Al darse algunas vueltas por la zona roja supo que matarse sería una decisión equivocada. Lejos de fomentar la tristeza, practicó algunos rituales olvidados desde hace años: invitarle una copa a las teiboleras y reactivar la pasión por las prostitutas. Se dio cuenta de una máxima evidente, aprendida por muchos hombres desde los veinte años: sin dinero, ni amor ni sexo al caballero. Su pensión de retiro es generosa, después de trabajar treinta y cinco años para una empresa radiofónica, puede vivir con cierta austeridad, pero no le gusta pasar las tardes solo, enclaustrado en casa. Busca la vida, pero antes de eso, el dinero. Padece problemas de eyaculación precoz, pero, como la ma-

yoría de los hombres, los minimiza argumentando que la chica en cuestión estaba lo suficientemente sabrosa. Desciende por la calle Malpaso. El olor a caño, la basura amontonada en una esquina y los *chemos* dormitando sobre un colchón en la banqueta dan colorido al lugar. Pasa cerca de El Tamikos. Ese bar está vacío. Llega hasta la glorieta de La Fábrica y da el volantazo para regresar por una callejuela escondida al corazón de la zona roja. Baja la velocidad. Abundan los travestis, recargados en la pared del hotel Bohío. Nota que en las sillas, dispuestas en la acera, sólo hay señoras entradas en años y en carnes; algunas de ellas, al ver que el Volkswagen avanza despacio, fingen que duermen. Frente al Zarape, una jovencita de grandes tetas, le sonríe. Marlin pregunta el costo del servicio. Toma un billete de la petaca, medita la situación frotándose la barbilla, pero el olor del dinero manda: antes de abrir la portezuela del copiloto, esconde el dinero bajo el asiento del chofer.

Estaciona el auto en el mirador del Infonavit. En las calles poco transitadas de la colonia Mozimba. Se baja la bermuda y ella comienza a trabajar. Acordaron que no habría besos ni que él eyacularía dentro, pero la segunda cláusula verbal no se respetó. Tardaron más tiempo en encontrar el lugar adecuado para la intimidad que la felación misma. Se encarga de llevar a la jovencita hasta la esquina donde labora y le da una propina extra. Ella

intenta despedirse con un beso en la mejilla, pero Marlin aleja el rostro.

—No es necesario —dice viendo al frente: los *yonquis* fuman piedra en un colchón viejo, bajo el rayo del sol—. Ten cuidado, guapa.

De noche, relajado y con la certeza vital que otorga un orgasmo, se dirige al negocio. Chalán y Pikochas, bastante mariguanos, pintan los bancos que colocarán en la barra del cámper. Escogieron un tono fucsia. No es irritante al ojo, pero definitivamente no propicia ninguna expresión de masculinidad. El resto del local, estacionado en la esquina de la Costera y la calle José María Iglesias, luce una modesta capa de pintura blanca; al frente, paralelas a la barra de madera, colocarán dos lonas para que se refresquen los comensales. Marlin no tiene queja alguna del trabajo. Checa las conexiones de gas; el agua y, sobre todo, las repisas. Imagina que sobre la parte frontal del cámper instalará un letrero de neón, llamativo, para anunciar que los mejores antojitos del mar se sirven ahí. Sonríe pensando en la cantidad de mujeres que conocerá en ese sitio. No hay reproches para sus socios. Resulta extraordinario que tres costeos tengan todo en orden y antes del tiempo estipulado. Saca la cartera; la abre y aspira el aroma de los billetes nuevos. Baja y sube la cabeza mordiéndose el labio inferior;

si fuera un joven de veinte años, ese gesto tendría una gran aceptación, pero a Marlin no le va. No, no le va.

—Nada más falta que aflojes para cables, focos y pongas un mezcal. Esta madre ya está lista para mañana —dice Chalán frotándose las manos.

—Quita esa cara, te ves bien ridículo —comenta Pikochas.

Marlin comienza el proceso legal del negocio. Pikochas y Chalán se encargan de conseguir los volantes con las promociones, las mantas con el nombre del local y unas gorras para los primeros clientes. Acompañado de un portafolio y con el estuche de los anteojos en la bolsa de la guayabera, se adentra en la vorágine de las oficinas que Hacienda dispone —sillas de plástico rotas, ventiladores sucios que levantan el polvo del piso, apostados encima de los escritorios— para los derechohabientes que contribuyen al crecimiento monetario de algo, llamado país, que ni siquiera parece promisorio en ese espacio, menos en el ideal nacional. Hace fila para una revisión de documentos; debe comprobar ingresos e iniciar el trámite de la verificación higiénica del cámper. A pesar de no haberse iniciado la inspección, ya debe estar pagada antes de abrir el negocio. Desembolsa una buena cantidad de dinero por la licencia para vender alimentos y bebidas. Al oler los billetes, su pene comienza a erguirse, pero controla esa expresión de masculi-

nidad pensando que acaban de ser víctima de un asalto de Estado. Termina la etapa administrativa y estampa con gracia, usando los lentes, su firma en varias hojas. Al salir de Hacienda siente que ingresó, durante algunas horas, a una película de ficheras. Piensa en alguna de las mujeres de aquellos filmes. Se le antoja ir de nueva cuenta con la muchacha de la zona. Toma el volante con ligereza, lleva en la mano un billete doblado, lo huele obsesivamente. No siente el paso del tiempo ni el tráfico, mucho menos el calor: treinta y siete grados. Se detiene en la esquina de la avenida Pie de la Cuesta: ahí está ella. Toca el claxon. La jovencita lo saluda con naturalidad; ofrece un poco del mango con chile que come despacio. Él no quiere ese tipo de fruta. Se dirigen nuevamente hacia Mozimba, al estacionamiento del Infonavit. Marlin viste como un verdadero jubilado, guayabera blanca y pantalón caqui. Baja el cierre, saca el pene erecto y la lengua de la chica ronda los bordes del glande. El picante, incluido en el mango, produce una satisfacción novedosa, irritante, cierto, pero nada desagradable. Culmina pronto, en la boca de la chica. Paga, regresa con ella a la zona roja y listo. Se despide besando la mejilla de la muchacha. Empieza a creer que ella le da suerte.

Te ves buena, de El General, es la canción con la que se pone en marcha el negocio. Pikochas y Chalán reparan volantes a los transeúntes. Marlin coloca una charo-

la sobre la barra para que la gente se anime a probar los tacos de pescado. El letrero de neón anuncia con espectacularidad ¿Qué *fish*? Nombre singular para un cámpen de comida rápida. Cinco horas después de la apertura sólo una camada de adolescentes ha probado la botana. El primer cliente llega a mediodía. Preparan quesadillas, una brocheta de camarones y el caldo de cortesía. Inmediatamente después, descienden de una camioneta con el logotipo institucional del municipio un par de hombres gordos, bigotones. Muestran sus credenciales e inician un procedimiento de rutina. Son empleados de Salubridad. Al oír Salubridad, Marlin toca su cartera. Ve a los tipos. Podría jurar que están oliendo el dinero.

—Mire, la verdad es que si buscamos, vamos a encontrarle algo al negocio. Mejor, ni usted sale afectado ni yo dejo de hacer mi trabajo. Póngale una cuota diaria, mi amigo —le da una palmada en el hombro a Marlin—, y listo. Va trabajar a toda madre. Un apoyo, señor, eso es todo lo que necesitamos.

Paga. Sabe que así funciona todo. Atiende algunos de los turistas que bajan del yate Queen en busca de una botanita. Antes del cierre, cuando Chalán recoge los bancos y Pikochas lava los trastos, dos jóvenes en bermuda, desnudos del torso y descalzos, rodean a Marlin. Uno de ellos presume una pistola .9mm. Pikochas se

seca las manos con el delantal. Intenta relajar la tensión de la escena.

—¿Qué onda? ¿Unos tacos? —pregunta sin bajar la mirada ni parpadear—. ¿Mejor una chela? —saca del refrigerador un par de Victorias y las deja sobre la barra—. No se agüite, banda —dice para sí mismo. Camina lo más derecho que puede.

Los muchachos delgados toman las cervezas; terminan las bebidas de un trago. Estrellan los envases contra el pavimento.

—A ver, ustedes no saben quién manda en este lugar, ¿verdad? —grita elevando el arma a la altura del pecho—. Trabajamos para La Maña y por estar aquí tienen que dar una lana diario, si no, bien fácil se resuelve esto: fuego a todo y la verdad está bien chingón el puesto. Si yo fuera usted, un tipo listo pues —señala a Marlin— pagaba a tiempo, doscientos varos. No sean necios, van a poder trabajar a toda madre.

Sin remedio, Marlin extrae su cartera del pantalón; a esta hora debería tener más dinero, pero apenas y le alcanza para cubrir el último gasto del primer día de trabajo: la gasolina del Volkswagen. Dobla los billetes y los entrega al joven de la 9 mm. La temperatura es de treinta y dos grados.

—Mañana venimos por la cuota —dice con autoridad— a la misma hora. Esto es serio.

Se alejan tranquilamente. Son los dueños del barrio. A unos metros del Zócalo, frente al malecón, el sentimiento de inseguridad es abrumador.

—¿Estás bembo, Pikochas? Aparte de todo les das de beber a esos culeros. Carajo, pinche primo —dice Chalán enrollando el cable de las bocinas—. Ahora dame una chela, para el susto, pues. ¡Qué vergas, pues!

—Verga —replica Pikochas.

—Dejen de decir verga, ¡qué la verga! —grita Marlin limpiándose el sudor con el cuello de la camisa.

Marlin supone que habrá alguna forma de gastar menos dinero en sobornos y en la cuota por derecho de piso. Tiene en la mente a los de Salubridad, a los chavos de La Maña y a *El Morro*. Pierde más dinero del que gana. La inversión debe cuidarse, si no se irán a la quiebra en un par de meses. Se hace de clientes a diario, pero las ganancias son raquíticas. Invierte los últimos pesos del préstamo en comprar todos los productos de limpieza, Chalán se encarga de hacer la despensa. Marlin despacha a cuanto comensal llega y Pikochas alista los cubiertos, platos y salseras. Enjabona los cuchillos pensando que no fue buena idea invertir en un cámper de tacos.

Ya entrada la tarde, Chalán guarda el ácido muriático, los detergentes y una porción de sosa cáustica en la segunda cabina del cámper. Piensa limpiar a conciencia la estufa. El temor de Marlin es que las cucarachas reduz-

can aún más el panorama empresarial. Los empleados de Salubridad pasan por su cuota, sonrientes; Chalán y Pikochas fuman mariguana en un *heater*. Se relajan viendo cómo sale vapor del asfalto.

—Nada más vamos a trabajar de noche. Desde las ocho hasta las siete de la mañana. Así le pagamos a los de La Maña, porque no quiero aparecer sin cabeza colgando de un puente o peor: vivo pero con los labios cosidos. Estoy más seguro con ellos que con los de Salubridad. Neta —explica Marlin.

Oyen balazos a lo lejos, pero no se asustan: están acostumbrados a convivir con la violencia y el ruido de un arma no espanta lo suficiente como para salir huyendo.

Los empleados de Salubridad dejan recados, notas legales en las ventanitas del cámper. Marlin llega a la siguiente quincena con ganancias. No muchas, claro, pero son suficiente para que liquide los réditos del mes e incluso sobra un guardadito que no menciona a sus socios, porque eso le da un respiro monetario, el idóneo para ir con la muchachita tetona de la zona roja.

Los tres se acoplan mejor a las jornadas nocturnas; incluso, preparan variantes de platillos, promociones y envíos a domicilio. La gente de La Maña sigue pasando por la cuota; no siempre a la misma hora.

Marlin, al ver al chavo que llega por el dinero —a veces en motos, en autos nuevos y eventualmente en bi-

cicletas— le da cerveza e intercambia algunas opiniones sobre el trabajo. *El chavo*, así termina apodándolo, le cuenta a quiénes ha matado y por qué lo ha hecho. Sobre todo, le ha pedido que abra bien los ojos, que le informe de los movimientos de la zona.

—Anda el rumor de que llegó gente a pelear esta plaza. Así que ponte bien buzo, Marlin —le deja un celular sobre la barra, ante una pareja de clientes que come sin hablar y baja la mirada—. Te voy a llamar cada dos horas. Si haces esto por nosotros, no tienes por qué pagar.

La sonrisa de un empresario es muy expresiva. Toma el celular y deja, justo en medio de la pareja, una orden más detacos.

—Cortesía de la casa.

Esa noche no hay novedad alguna, ni la siguiente, ni la siguiente. Pero se mantiene al tanto, ahora trabaja para La Maña como halcón. Pikochas y Chalán no creen que haya más gente peleando la plaza. Trabajan con la lentitud habitual de un costeño, despreocupados. Eventualmente escuchan ráfagas de armas largas, pero las detonaciones no se oyen cerca. Las sirenas de las patrullas van de un lado a otro de la Costera. Pasan cerca del cámper, casi siempre rumbo a Caleta, Caletilla y el barrio La Bodega. Ese sonido esquizoide se vuelve parte normal del paisaje. Marlin empieza los reportes desde las cinco de la tarde. No sólo informa lo que cuentan los clien-

tes en el negocio; también los chismes más notables del zócalo. La gente habla de balaceras, de descabezados que cuelgan de los puentes, de secuestros y de hombres que han hecho pactos con el diablo. El miedo contagia al puerto de una paranoia brutal. Las calles se quedan vacías después de las diez de la noche. Marlin, Pikochas y Chalán deben dinero. No hay otra manera de ganarse los billetes más que muriendo al pie del cañón. Desean que la clientela sea mayor, que se llene el negocio por las noches.

El chavo anda un poco borracho. Habla con Marlin y le dice que por la noche van a caerle unos amigos. Quieren pedirle un favor. Pikochas más o menos sabe de qué va la cosa.

—¿Nos vamos a volver tiendita, *man*? —pregunta Chalán, entusiasmado—. No lo veo mal. Hay que sacar lo de la inversión como se pueda.

—No. Nada más es un favor —dice Marlin viendo cómo trastabilla *El chavo* y aborda el mismo taxi que lo trajo al cámper.

Ya entrada la noche regresa con dos escoltas. Se sientan frente a la barra e incluso ordenan un par de caldos. Marlin los atiende. Pikochas empieza a calentar tortillas. Chalán está en el baño, en la parte trasera del cámper. Se oye un grito.

—¡Ya se los llevó la verga!

Marlin se guarece en la cocina. Escucha balazos, rechido de llantas, el motor de una camioneta que se aleja. Minutos después sólo percibe la respiración acelerada de alguien en agonía. Marlin se asoma; Pikochas y Chalcán abandonan el cámper. Corren por la Costera, rumbo a la Aduana. Van directo a sus casas. *El chavo*, desde el piso, ve que sus escoltas están muertos; tras él, un hombre que no conoce también yace con la pistola en la mano.

—Pues los vas a tener que guardar un rato —dice—. Antes de que amanezca vengo por ellos, camarada —sube al jeep del que descendió acompañado. Se pierde en la tranquilidad de la noche.

Marlin cierra el negocio. Acarrea los cadáveres, los apila en la segunda cabina. Imagina que regresan de nuevo los sicarios y lo balean e incendian el local. Camina de un lado a otro. Patea por accidente una de las botellas con sosa cáustica; el líquido cae sobre la pierna de uno de los escoltas de *El chavo*. Nota que la piel del cadáver se quema. Busca uno de los tambos metálicos que utiliza para almacenar basura; lo coloca en la tercera habitación del cámper, la más pequeña: deposita la ropa, los tenis del muerto y la gorra. Comprueba que la sosa deshace la evidencia. Ve los rastros de sangre en el piso. Limpia con cuidado, incluso afuera del cámper. Le parece pertinente hablarle a *El chavo*, pero nunca lo ha

hecho. Prefiere esperar. Cuando el sueño empieza a ganarle, escucha el motor de una camioneta. Confía que no sean los otros, para bien o para mal, él está con La Maña. Golpean la puerta del cámper. Hace pasar a *El chavo* a la tercera habitación; explica el proceso, la necesidad de comprar más ácido y sosa; sobre todo, la urgencia de tener unos tambos de metal, porque el plástico empieza a deshacerse. El chavo, por primera vez, le da un abrazo.

—¡Putá! No sabes de la que me acabas de salvar, *par-na*. Te lo juro que te van ascender, cabrón. Vas a forrarte de dinero, camarada.

Ni Pikochas, ni Chalán forman parte del nuevo negocio. Marlin es un maestro en el arte de la desaparición; mete a los cadáveres, con todo y ropa, a los tina-cos industriales de hierro. Usa palos de escoba gruesos para darle un empujón a los cuerpos, para que se zambullan en el caldo de químicos, un jugo mucho más potente que la sosa cáustica. El chavo paga rigurosamente en efectivo los servicios de cocina, como suelen llamar al trabajo de Marlin, quien ha cambiado de apodo. Escala rápidamente los peldaños de la posición económica; también se ha hecho de reconocimiento laboral. Trabaja sin presiones, con billetes en la mano, sin deudas. Sus chicas suelen llamarlo *El Pozolero* en la cama, eso también le excita. Piensa comprarse unas

gafas como las de *El Morro*, pero teme verse ridículo.
Piensa mucho en ello.



Como un ruido de grandes aguas,
de Federico Vite,
se terminó de imprimir en
julio de 2019 en los talleres
El Errante Editor S.A de C.V.
—Privada Emiliano Zapata 5947,
San Baltazar Lindavista— en
Puebla, ciudad incluyente de México.

